



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.
 Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
 D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Maillo.
 D. Reynaldo Brea, ex Oficial de E. M. del Ejército alfonso.



D. Barón de Sangarrén

FRUTOS DE UN MISMO ARBOL

Real autógrafo.—Antecedentes sobre las tumultuosas escenas de Graz.—Comunicación á los agentes oficiosos de Don Carlos en el Extranjero.—Carta del Sr. Duque de Madrid.—Paralelo.

«Palacio Loredán, 21 de Abril de 1890.

»Mi querido Cerralbo: Cuando te mandaba con una misión de paz, de concordia y de propaganda, dentro de una legalidad que sin reconocer soportábamos, una turba de quien nadie osa hacerse solidario, á la luz del día quiso empañar el brillo de las hermosas manifestaciones provocadas por tu presencia.

»Sus esfuerzos lograron el resultado opuesto, demostrando á todos la importancia y la fuerza que nuestros adversarios conceden á los actos llevados á cabo por nuestros amigos, y el temor que nuestra constancia y nuestros progresos les inspiran.

»Y para ti este atentado, al día siguiente de haber merecido mi representación. márcate el alcance y los atributos de esta investidura, recordando que si hay en ella grandes glorias é inmensos consuelos, hay también lucha, lucha necesaria, providencial y fecunda.

»Animo, mi querido Cerralbo; el odio de la Revolución ha sido siempre nuestro mayor timbre de gloria. Hagámonos cada vez más dignos de él, que es lo mismo que hacernos acreedores al amor del verdadero pueblo español. Sólo así podemos ser una esperanza.

»Ya presenté mis excusas á la Marquesa y á su hija. Reitéraselas en mi nombre, y diles que para ellas fué mi primer pensamiento al tener noticia de que en sus personas había sido hollada la tradicional caballería de nuestro pueblo.

»Bien supieron hallar el punto más sensible de mi corazón de español los desventurados que osaron insultar á unas señoras, como bien supieron herir la fibra más dolorosa de mi alma de cristiano los sectarios que, contenidos por el puñado de valientes resueltos á vender caras sus vidas en el Círculo Tradicionalista, descargaron su saña sobre los inermes hijos de San Ignacio, profanando el templo y las imágenes.

»En cambio, mi dignidad de soldado, que tanto sufría precisamente en estos momentos al escuchar cómo juzgaban al ejército español los extranjeros, que convierten en regla general lamentables excepciones, se ha sentido realzada ante el espectáculo ofrecido por las autoridades militares, á las cuales tú con tan noble sinceridad has hecho justicia.

»Yo, que me he honrado vistiendo nuestro glorioso uniforme, que no hubiera abandonado nunca si hubiésemos vencido; yo, que en lo más recio de la campaña admiraba el valor de los mismos que nos hacían fuego, pensando con orgullo que eran también españoles; yo que halagaba la esperanza de que algún día todos nos confundiéramos bajo la misma enseña amarilla y roja, y que si Carlos de Borbón sería entonces, como será mientras viva, el amigo de sus amigos y el compañero de sus compañeros de armas, á los ojos del Rey no habría otra recomendación que el mérito individual, ni título más sagrado que el cumplimiento del deber,

siéntome poseído de íntima satisfacción por todos los actos que honran al ejército de la patria.

»No dejes de transmitir á los carlistas valencianos el testimonio de mi admiración y de mi gratitud.

»Todos cumplieron como buenos, lo mismo los que defendieron la inviolabilidad del domicilio rechazando la fuerza con la fuerza, que los agrupados en torno tuyo, dóciles á tu voz y sacrificándolo todo á la disciplina, cuando tú, con abnegación heroica propia de tu raza y de tu carácter, no permitiste que se expusiese otra vida que la tuya.

»Y á tí, mi fiel y valeroso Cerralbo, ¿qué pudiera decirte que no resultase pálido comparándolo con lo que siento?

»En el breve tiempo que me representas, cada suceso ha sido ocasión para que en ti resplandezcan nuevas cualidades. En la propaganda has demostrado entusiasmo, fe, convicción, tacto y altísima inteligencia; valor, serenidad y patriotismo en el peligro; nobleza, moderación y generosidad en la protesta.

»La vieja España puede estar orgullosa de tenerte por hijo, como orgulloso está de tenerte por representante

»Tu afectísimo

»CARLOS.»

Conocidos son de todos nuestros lectores los atentados cometidos en Valencia contra las personas de los Excmos. Sres. Marqueses de Cerralbo á que hace referencia la notabilísima carta anterior.

Constituyen un espectáculo repugnante; pero digno de los revolucionarios de todas partes. Tienen el mismo carácter que los atropellos dirigidos en Graz contra los augustos hermanos de Don Carlos

El populacho, compuesto en su mayoría de estudiantes protestantes prusianos, italianos y servios, invadió la catedral de Graz en 27 de Abril de 1875, apenas tuvo noticia de que habían entrado en aquel santuario de la oración los jóvenes Infantes. Terminada la misa, Don Alfonso y Doña María de las Nieves fueron insultados de la manera más escandalosa por aquellos malhechores. Los Infantes conservaron una sangre fría admirable en medio de aquella multitud que en italiano y en tudesco gritaba: ¡Abajo los brigantes!

Don Alfonso saludaba á derecha é izquierda con risa irónica, y habiéndole un comisario de policía ofrecido su propio carruaje, el Príncipe contestó en alta voz: «Nosotros no tenemos miedo de esta canalla, y es un honor para nosotros ser insultados por ellos.»

Por la tarde, la misma turba, acompañada de algunos centenares de obreros asalariados, invadió la calle de Goethe, tratando de asaltar la propiedad de Don Alfonso.

Afortunadamente, las tropas intervinieron gracias á la enérgica actitud del Emperador de Austria.

En cuanto éste tuvo noticia de los sucesos, mandó un telegrama á la autoridad militar de Graz, diciéndole que cargase la caballería y no escatimara el plomo, y que á toda costa defendiera la residencia y personas de los Principes.

El Jefe de la Sección de Relaciones exteriores dirigió á raíz de esta infame salvajada la siguiente comunicación á los agentes oficiosos de Don Carlos en el Extranjero, sobre la cual llamamos particularmente la atención de nuestros lectores:

«Muy señor mío: Conocidos son de V. E. los deplorables excesos de Graz. La Prensa de todos los matices ha dado ya acerca de ellos relaciones más ó menos extensas, y en honor sea dicho de la conciencia humana, son contados los periódicos que han tenido el cínico valor de defenderlos. Por otra parte, la innoble canalla que ha servido de instrumento en esta ocasión á los impacientes rencores de la tenebrosa política que los ha suscitado, no quedará sin castigo. Aunque no se tuviera en cuenta la actitud bien acentuada de la opinión pública, y las justas consideraciones que se deben á la desgracia, al rango y al parentesco, el Gobierno de S. M. el Emperador de Austria, mirando por su honra y por su propia seguridad, no puede dejarlos impunes. El Rey, mi augusto amo, creería faltar á la justicia y faltarse á sí propio, abrigando acerca de este particular ni una sombra de duda.

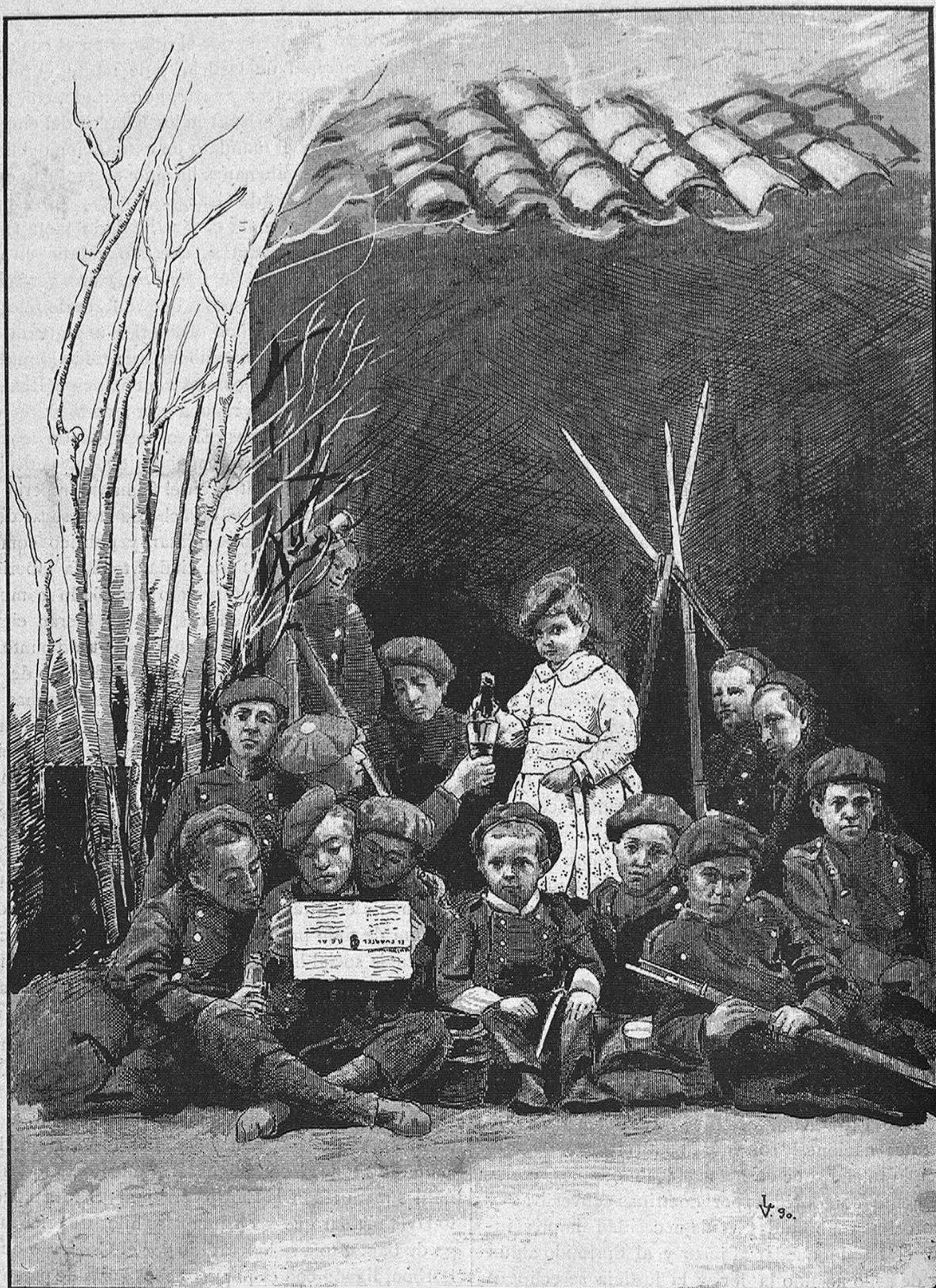
»Pero este asunto tiene antecedentes sobre los cuales llamo, de orden de S. M. el Rey, la ilustrada atención de V. E. La versatilidad de las corrientes que impulsan hoy á los Gabinetes europeos, hacen poco menos que imposible definir los principios sobre los cuales descansa el derecho público moderno; pero hasta ahora, ningún Gobierno que sepamos, ha dejado de rendir tributo, en mayor ó menor escala, al principio que consagra la inviolabilidad, dentro de sus peculiares límites, de los refugiados políticos. Los convenios de extradición celebrados últimamente entre diferentes naciones, son una confirmación de este principio tutelar, que en los pueblos modernos, constantemente conmovidos por doctrinas subversivas y constituciones abortadas, es de necesidad imprescindible, si ha de quedar al justo y al oprimido algún lugar de asilo cuando la ley y la justicia se eclipsan dentro de su propio país.

»Estaba, sin embargo, reservado á las augustas familias de Borbón y Braganza el ver á Gobiernos que se dicen cristianos y regulares, pisotear en contra suya esta suprema garantía del infortunio. En la Prensa alemana ha aparecido el mes pasado un mandato de extradición, lanzado por el Gobierno de Prusia contra el infante D. Alfonso de Borbón y Este, á quien se acusa de incendio, violación y asesinato, bajo la fe de un tribunal militar creado por el Gobierno del príncipe

contra el cual guerrea el augusto hermano de nuestro Rey, y por un hecho de armas de esta misma guerra. Este proceso, fabricado por el odio, y en el cual, contra todo principio de justicia y de moral, el referido Gobierno hace de juez y parte, ha recibido, con asombro de Europa, curso legal en los Estados del emperador Guillermo, y el mandato de extradición publicado en los periódicos alemanes ha sido el pretexto de las inmundas bacanales de Graz.

»En una época en la cual se ha dado tanta amplitud á los delitos políticos, que han cabido en ellos hasta los crímenes de la *Commune*, causa verdaderamente sorpresa y escándalo que se trate de relegar á la categoría de los hechos ordinarios una guerra civil de las imponentes proporciones que tiene la nuestra, y al rango de criminal común á un Príncipe Real que ha combatido en lucha regular y ordenada al frente de más de veinte batallones. El escándalo sube de punto si se considera que ese tribunal militar, cuyas decisiones tienen fuerza ejecutiva en el flamante Imperio alemán, se ha atribuido el derecho de entresacar de un suceso tan exclusivamente militar y político como el ataque á viva fuerza de una ciudad tomada laboriosamente después de un sangriento y porfiado combate, delitos y excesos que, aun caso de que fueran ciertos (respecto de lo cual su testimonio es de todo punto recusable), no podrían tener un carácter distinto del que tiene el hecho principal, del cual no serían mas que accidentes, ni habría lugar á imputarlos, con escarnio del buen sentido, al general que dirigió la operación. Con semejante criterio no hay reputación militar al abrigo de la persecución judicial, ni hecho de guerra que no pueda someterse al examen de los tribunales ordinarios.

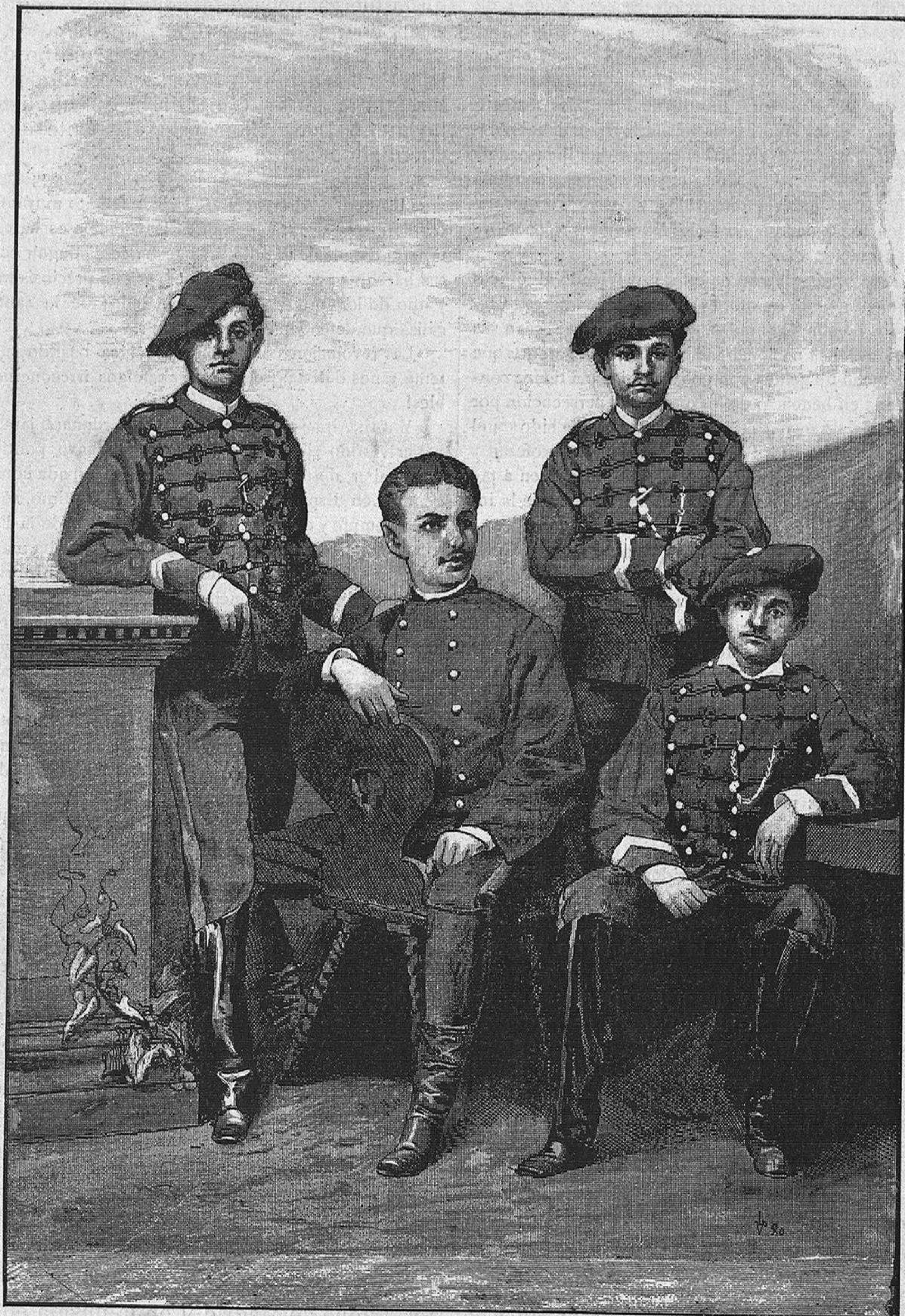
»S. M. el Rey—¿para qué negarlo?—ha sentido vivamente el ultraje que una política brutal y atropelladora de todo principio de moral pública y de conveniencia social ha querido arrojar sobre su nombre y sobre su honrada bandera. Dejando á la Casa reinante extranjera, solidaria de esta conspiración contra una familia Real proscripta, la triste gloria de haber provocado los salvajes insultos de que han sido objeto dos Príncipes indefensos, en cuyas personas se ha faltado á los respetos debidos á la virtud, al valor, al nacimiento, al sexo y á la hospitalidad, insultos que han sublevado todos los hidalgos sentimientos y todos los nobles instintos de la Europa cristiana, S. M. no puede todavía olvidar que los principales hilos de esta intriga de baja estofa se han urdido por el Gobierno de un Borbón, ligado con él por estrechos lazos de parentesco. Cuantos conocen la triste historia de nuestras discordias civiles saben la conducta seguida por S. M. y por el noble partido que milita bajo sus órdenes, en aquellos períodos en los cuales las pasiones revolucionarias arrojaban lodo á manos llenas sobre la dinastía, de la cual descende inmediata y directamente el príncipe que cubre con su nombre este miserable complot. Si el ansia de dominio hace perder de este modo la memoria, el instinto de la conveniencia, al menos, debiera iluminar á las personas que tienen misión de



Don Jaime y Doña Blanca de Borbón, en el Norte.

aconsejar al joven Príncipe, para hacerle comprender que en la difamación de las familias Reales sólo gana en definitiva la Revolución y que las inevitables pérdidas que en este deplorable terreno se experimentan no las reparte ni la opinión ni la historia en proporciones iguales.

» Por lo que respecta á esas acusaciones de asesinatos, violaciones é incendios, con las cuales se pretende amotinar de nuevo, revistiéndolas de cierto aparato jurídico, la opinión pública extranjera contra nosotros, ya hemos dicho en otras ocasiones cuanto basta para ilustrar á los que buscan sinceramente la verdad. Si el



Familia Díez de la Cortina.

Gobierno sedicente liberal de Madrid no persiguiera como se persigue un crimen de Estado todas nuestras publicaciones, á fin de monopolizar la invención y la calumnia, sin juicio contradictorio, ni él osaría suscitar esta cuestión por conveniencia, ni los carlistas responder á su provocación, por patriotismo. Haremos,

sin embargo, una sola indicación respecto á aquel de los tres capítulos de acusación que se nos dirigen, que por dejar una huella más permanente es facilísimo poner en claro. Que se pregunte á los habitantes fronterizos del departamento francés de los Bajos Pirineos quiénes son los autores del incendio, fría y deliberadamente consumado en las márgenes del Bidasoa, de más de doscientas alquerías, cuyos negros escombros no han sido todavía removidos, y pasamos á ojos cerrados por la deposición de los extranjeros respecto de este asunto.

»Pero prescindiendo de esto, y volviendo al objeto principal de este escrito, es evidente que interesa á todos los hombres honrados, cualesquiera que sean sus opiniones y su nacionalidad, que la única garantía que el derecho de gentes y la política cristiana tienen consagrada en beneficio de los que sufren persecución por sus ideas, no se vea atropellada como lo ha sido en el presente caso, ni se resucite para los que profesan y sostienen determinados principios, ó pertenecen á familias sobradamente ilustres, la antigua pena de la interdicción del agua y del fuego.

»Aunque la posición que V. E. ocupa en esa Corte no le permite dar comunicación oficial de estas observaciones, toda vez que nuestra beligerancia, reconocida ya por el Gobierno á quien combatimos, no lo ha sido aún por los gabinetes extranjeros, por razones que no es del caso examinar en este momento, S. M. desea, sin embargo, que las haga V. E. publicar en ese país, en la forma que estime conveniente, á fin de poner en guardia la opinión acerca de los ataques que recibe un derecho que por su carácter universal atañe á pueblos y á Gobiernos mantener dentro de las vías de la equidad y de la conveniencia.

»B. L. M. de V. E.

»Su afectísimo seguro servidor—CEFERINO SUÁREZ BRAVO.»

Coincidiendo con la opinión de un importante personaje carlista, hemos creído muy oportuna la descripción de aquellos desmanes, en primer lugar, por ser sucesos tan poco conocidos como dignos de ser divulgados, y en segundo, porque ofrecen singulares puntos de analogía con los de Valencia, tanto por la serenidad de los agredidos, como por la actitud y procedimiento de las turbas.

Quince años han pasado desde entonces. Podía Don Carlos, ante la brutal agresión de que fueron objeto sus augustos hermanos, no contentarse con una protesta escrita; medios tenía para tomar represalias de las vergonzantes escenas preparadas en Graz por el liberalismo.

Que aunque es cierto que el ejército carlista, defensor de la Justicia, no había de contestar al crimen y á la calumnia con la calumnia y el crimen, no lo es menos también que tenía en el rigor de la ley to-

da la fuerza necesaria para hacer sentir á sus enemigos el peso de su poder.

Así y todo, no estuvo en el ánimo de Don Carlos acudir á severos procedimientos, limitándose á dirigir á su augusto hermano Don Alfonso la siguiente eloquentísima carta:

«Mi querido Alfonso: Te felicito, y felicito muy cordialmente á María, porque la Revolución os ha estimado dignos de su odio y os acaba de distinguir con sus bárbaras persecuciones. Honra es esta preciosísima y uno de los privilegios más señalados de la santa causa que defendemos. Os felicito.

»La revolución cosmopolita es lógica cuando nos teme y nos detesta: ¡somos sus enemigos irreconciliables!

»Y á ti, Alfonso de Borbón, no te perdonará jamás haber vestido el modesto uniforme de zuavo pontificio, haber desenvainado más tarde tu espada como general en España al servicio del Rey legítimo, soldado siempre y en todas partes del Derecho y de la Fe.

»El fanatismo de una secta infame necesitaba mancillar tu nombre y en ti deshonor nuestra historia. Afortunadamente, la conciencia pública no está bastante rebajada en Europa, para que pueda confundirse al heroico vencedor de Cuenca con un presidiario vulgar, ni al caballeroso Infante de España con un bandido miserable.

»Te confieso, sin embargo, que no he podido notar sin honda vergüenza el monstruoso encadenamiento que se advierte entre Madrid, Berlín y Graz. En Madrid se pide la extradición de vuestras personas; el Gobierno de Berlín la otorga; en Graz se os atropella. ¿Cómo evitar que el rubor cubra mi frente, si un Príncipe que lleva tu propio nombre y nuestra misma sangre se hace cómplice de una degradación tan escandalosa?

»Compadezcamos al desgraciado que, hijo fatal de la Revolución, ha consentido en ser su rey y no puede ser más que su esclavo.

»Sufra él la tiranía de los que le rodean. Pero yo, que no la sufro ni la sufriré, con la ayuda de Dios, te prometo solemnemente, contando con el auxilio de lo Alto y el esfuerzo de mi valiente ejército, responder á las soeces injurias de Graz con las gloriosas aclamaciones que anunciarán mi triunfo definitivo en Madrid.

»Tuyo siempre afectísimo hermano

»CARLOS.»

De la manera enérgica que acaban de ver nuestros lectores, protestó entonces el Sr. Duque de Madrid. Con la misma entereza que cuando estaba al frente de su valeroso ejército, ha respondido á los odios revolucionarios desencadenados recientemente en Valencia.

Ambos documentos regios, haciendo referencia á sucesos muy parecidos, reflejan

el noble y perseverante carácter de Don Carlos.

En la carta dirigida á su hermano Don Alfonso á propósito de los sucesos de Graz, resplandece en alto grado la nobleza de ánimo del que sabe perdonar á sus recalcitrantes enemigos.

Ante los vandálicos hechos de Valencia, presentando sus excusas al caballeroso Marqués de Cerralbo por los agravios que le infirieron los liberales valencianos, destacase la perseverancia del que sabe sobrellevar con dignidad el peso del infortunio, sin desistir en el noble propósito de librar nuevas y más fecundas batallas, cuando así lo exijan la Religión y la Patria.

FLORDELÍS.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

Ojeada retrospectiva.—Segunda embestida y toma de Estella por los carlistas.—Acciones de Allo y Dicastillo, ganadas por los mismos al Brigadier Villapadierna y General Santa Pau, los días 21 y 23 de Agosto.—Importancia de la posesión de Estella para liberales y carlistas.—Situación de ambas fuerzas beligerantes en 1.º de Octubre de 1873.

Dos ataques había costado á los carlistas la posesión de Estella, y el recuperarla les costó á los liberales los reñidísimos combates de Mañeru, Montejurra, Abárzuza, Oteiza, Lácar y Santa Bárbara, donde fueron rechazados con grandes y sensibles pérdidas, antes de apoderarse del fuerte de Montejurra en Febrero de 1876. Aun tronaba el cañón carlista de Monjardín cuando el ejército liberal entraba en la codiciada ciudad. ¿Merecía ésta tan considerables sacrificios? Muchas veces nos hemos hecho esta pregunta. Discutáramos; pero evoquemos antes los recuerdos de la primera entrada de los carlistas en la ciudad.

El Brigadier liberal Villapadierna mandaba en Agosto del 1873 la columna de la Ribera, encargada por entonces de proteger la guarnición de la ciudad y su fuerte; éste último era el antiguo convento de San Agustín, convenientemente aspillerado, puesto en buen estado de defensa y donde se encerró la guarnición desde el momento que los Batallones carlistas tomaron las formidables posiciones que rodean á Estella, y desde donde con sus fuegos certeros y sostenidos impedían á los liberales continuar pacíficamente en la ciudad. Reducidos, pues, al fuerte, entraron los carlistas y se diseminaron por los alrededores del mismo, tomando posesión de las casas más próximas, colocando sus cañones en una del barrio de San Pedro y detrás de las tapias del convento de San Benito, rompiendo en seguida un vivísimo fuego de fusil y cañón. Contestado éste al momento y con energía por los sitiados, sin cesar sino por cortos intervalos, llegó la noche del 23 de Agosto. El general carlista Dorregaray, viendo que el día anterior había disminuído bastante el fuego de los sitiados,

después de 168 horas que lo sostenían, hubo de avisarles que si no se rendían aquella misma noche haría volar una mina que días antes había empezado á preparar el jefe de los zapadores de Navarra, comandante Argila. La contestación de los defensores del fuerte fué romper el fuego otra vez con mayor furor; lo que visto por Dorregaray, dió la orden de que se volara la mina al amanecer. Así se hizo; pero no habiéndose calculado bien las distancias, la explosión sólo se dejó sentir en una fuente que estaba situada á unos diez metros de la puerta del fuerte. Los sitiados no pidieron, sin embargo, capitulación, si bien quedaron tan moralmente quebrantados, que al anochecer del 24 pidieron parlamento, cuando de orden del citado general carlista se preparaba otra segunda mina, de la que se esperaban resultados más decisivos que con la anterior.

Seis días había durado el ataque, que seriamente no empezó hasta el 18. Las fuerzas sitiadoras se componían de los cuatro primeros Batallones navarros, de las piezas de montaña y de la Escolta Real, con los generales carlistas Elío, Dorregaray y Ollo. El fuerte fué defendido por el Teniente coronel republicano Sanz, el cual tuvo á sus órdenes tres capitanes, siete subalternos y 475 sargentos, cabos y soldados. El día 18 dispararon éstos veintiocho mil cartuchos, habiendo izado bandera negra cuando se les intimó la rendición, antes de romper el fuego. El día 19 se supo que el Brigadier Villapadierna se acercaba en socorro de la ciudad. Entonces salió Don Carlos con Ollo, seguidos por la caballería y los Batallones 2.º y 4.º, para disputarle el paso. Sabido por Villapadierna el proyecto de los carlistas, desistió del suyo y se retiró con sus fuerzas á Sesma. El 21 volvió á entrar en Allo. Rompióse el fuego por ambas partes, y después de amagar un avance á Dicastillo, el jefe liberal fué rechazado completamente, teniendo en el ataque más de 25 bajas. Las de los carlistas fueron de dos muertos y seis heridos.

En el fuerte de Estella se encontraron y recogieron los carlistas más de 1.000 fusiles Berdan, 400 granadas de 8 centímetros, considerable cantidad de pólvora, un parque de Ingenieros, de campaña, alpargatas, mantas, camas, tabaco, 80.000 cartuchos metálicos y gran cantidad de provisiones. Las bajas de los liberales fueron 7 muertos y 16 heridos; las de los carlistas 2 muertos y 15 heridos. La guarnición del fuerte fué acompañada hasta terreno neutral por algunas compañías del 3.º de Navarra, con arreglo á la capitulación de que hicimos mención al principio.

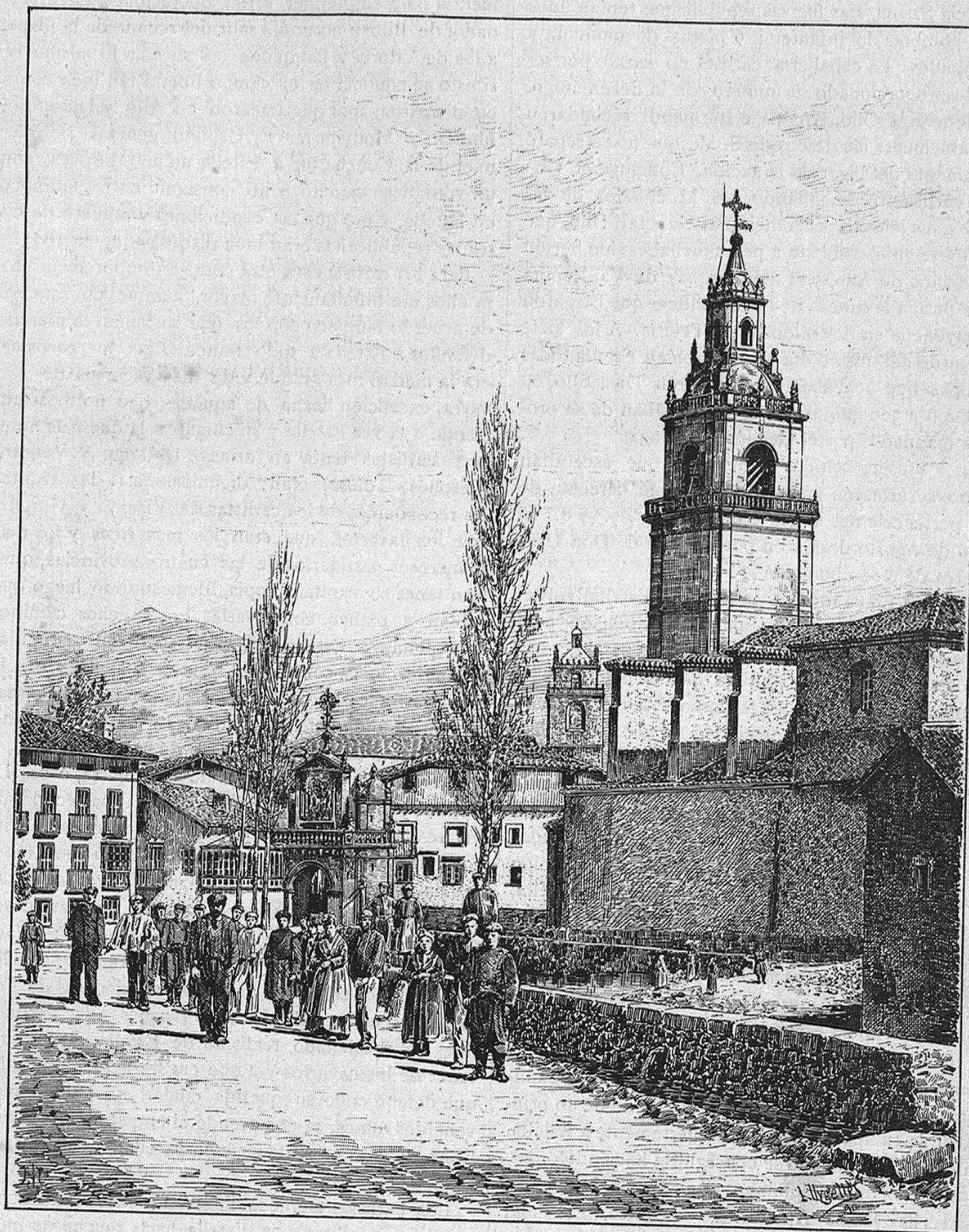
No desistieron, sin embargo, los liberales de recuperar la ciudad en los primeros momentos; porque el día 25, es decir, al siguiente día de la rendición de Estella, volvió Villapadierna, acompañado del General Santa Pau y de considerables refuerzos. Tenemos á la vista el parte oficial dado por D. Joaquín Elío, jefe de Estado Mayor general, y que poco más ó menos dice así:—A consecuencia de la derrota de la columna de Villapadierna en Allo, se retiró á Sesma y Lodosa; en estos pueblos se reforzó con 4 batallones, y tomando



Palacio-alojamiento de Don Carlos en Orduña.

el mando en jefe Santa Pau, salió el 25 de Agosto para Dicastillo, en donde se hallaba S. M. y el 1.º Batallón de Navarra. A las ocho de la mañana situó el enemigo sus piezas en batería, rompiendo el fuego

sobre Dicastillo á las nueve desplegó sus guerrillas en dirección de Allo, y al mismo tiempo el grueso de su infantería avanzó por el portillo de Santa Lucía con intención de apoderarse del alto de Robledo. Conocido



Durango.

el punto de ataque por los carlistas, salió de Dicastillo el 1.º Batallón con el 4.º, quedando en Dicastillo el segundo y tomando posiciones á su izquierda el 3.º La caballería y artillería carlista esperaron tomase las suyas, para obrar. En el alto de Robledo, y entrando por opuestos puntos, se encontraron los republicanos con el 1.º Batallón, rompiendo á la vez el fuego unos sobre otros, S. M. ordenó reforzar al 1.º entonces con 6 compañías del 2.º, que acababa de llegar de Estella, sin reposar apenas de las duras fatigas del sitio. Au-

xiliado el 1.º Batallón, cesaron el fuego y se lanzaron á la bayoneta sobre los enemigos, en unión con el segundo. Rechazados entonces éstos, volvieron morrales y corrieron á ampararse y reorganizarse detrás de su caballería y artillería; allí se les hicieron 20 soldados prisioneros y un Teniente coronel. Las pérdidas de los carlistas fueron 5 muertos y 15 heridos; las del enemigo no se pueden precisar; sólo muertos se vieron más de 40 en el campo. A las dos horas de haber cesado el fuego, pronuncióse el enemigo en retirada otra

vez hacia Sesma. Las fuerzas republicanas tenían unos 4.000 hombres de infantería, 6 piezas de montaña y 900 caballos. La caballería carlista no cargó por ser muy desproporcionado su número con la del enemigo. Los Generales Ollo, Argonz é Iturmendi secundaron admirablemente los deseos de S. M., que no se separó un momento del lugar de la acción. Concluye el General carlista recomendando á S. M. el valor de las tropas y sus jefes, especialmente al General Ollo, que tomó parte en el combate á pesar de haber sido herido en la acción de Allo, y el del Marqués de Valdespina que se puso á la cabeza de los Batallones que cargaron á la bayoneta en dirección de la Tejería. A las siete de la tarde del mismo día 25 entraron en Estella todas las tropas que acababan de vencer en Dicastillo, en unión con 2.500 guipuzcoanos que llegaban de su provincia mandados por el General Lizarraga.

Con los fusiles cogidos al enemigo, que ascendían á 1.200, se armaron muchos de los que carecían de ellos, pertenecientes á los batallones 6.º, 7.º y 8.º El día 26 de Agosto desfilaron por delante de Don Carlos cerca de 9.000 hombres.

Dada una breve idea de la toma de Estella, volvamos á nuestro asunto. Conocida es su situación; pero no nos creemos dispensados de decir dos palabras respecto á su importancia, siquiera por el papel que ha desempeñado, tanto en la pasada como en la presente guerra civil. Estella es una ciudad de unos 6.000 habitantes: el río Ega la baña, y la rodean las sierras imponentes de Toloño y de Andía. Se halla en comunicación directa por magníficas carreteras con Vitoria, Pamplona, Tafalla, Logroño y Tolosa, encajonadas entre formidables alturas y desfiladeros. El enemigo que quisiera llegar por el Norte ó por el Sur á Estella, tendría que atravesar de frente las sierras de Andía Monjardín y Montejurra, respectivamente; por el Este tendría que dominar antes San Cristóbal y Esquinza, y por el Oeste las Amezcuas ó el famoso puente de Arquijas. No podía esconderse la ventaja de la posesión de Estella á los liberales, como la facilidad de su defensa por un ejército como el carlista. No nos explicamos, por lo tanto, por qué no se pensó desde un principio de la campaña en fortificar fuertemente á Estella, bien entendido que esto se conseguiría haciéndolo desde las alturas que la dominan, que además de las expresadas hay las de Apolaz, Los Castillos, El Puig, Montemuro é infinitas estribaciones. Verdad es que la defensa de Estella hubiera costado al gobierno de Madrid el aumento en grande escala del ejército del Norte. Calculamos que por la topografía de Estella y por el carácter de los carlistas, hubieran necesitado aquéllos distraer diez mil hombres para asegurar la zona de Estella en una situación medianamente pacífica. Esta es la razón en que nos fundamos para pensar que por lo menos fueron prematuros los ataques á Estella: sin un verdadero ejército, era imposible sostenerla. ¿Lo había el año 1873? ¿Podía distraerse fuerza de otros puntos no menos importantes, para hacer morir de inacción un par de brigadas en Estella? Los Generales Loma y Moriones quejábanse con razón de escasez de

fuerzas para emprender serias operaciones, el Gobernador de Bilbao no podía salir del recinto de la plaza; á los de Vitoria y Pamplona les sucedía lo mismo. Y si esto se conocía en el campo liberal tan bien como en el carlista, ¿por qué atacaron en Allo y Dicastillo, Mañeru y Montejurra? El Capitán general D. Manuel de la Concha fué á Estella un año después, con un verdadero ejército, y no consiguió entrar tampoco en Estella, y eso que las condiciones y número de las tropas republicanas eran bien distintas que en 1873.

Para los carlistas era otra cosa. Su importancia para ellos era infinitamente mayor, aunque no estamos de acuerdo tampoco con los que sostenían la idea de defender á Estella á todo trance. Para los carlistas, era la ciudad más grande y de más recursos de Navarra, excepción hecha de aquellas que no poseían, siendo á la vez Estella y su comarca la que más hombres carlistas tenía en armas. Durango y Vergara (después Tolosa) eran, digámoslo así, las capitales reconocidas de los carlistas de Vizcaya y Guipúzcoa; los navarros, que eran los más ricos y los más numerosos partidarios de las cuatro provincias, querían tener su capital propia, demostrando luego que sabían y podían conservarla. Los muchos caminos que aflúan á Estella les aseguraban sus tranquilas comunicaciones con todo el resto de España y con la frontera francesa; con las Amezcuas, verdadero almacén, erizado de defensas naturales y muy á propósito para refugio de un ejército, caso de un descalabro.

Estella, con las vertientes de Montejurra, ó sea La Solana, y el camino de Los Arcos, podía abastecerlas de víveres fácilmente, y por sus vías de comunicación ser socorrida en un momento dado, haciendo venir fuerzas hasta de los confines de Vizcaya. Tres días tan sólo tardaron los batallones navarros en trasladarse desde Dicastillo al valle de Somorrostro, cuando fueron al sitio de Bilbao. ¿Cuántos hubieran tardado los guipuzcoanos en acudir desde los alrededores de Tolosa? Uno tal vez. Unidas estas razones á las particulares del reconocido realismo de Estella, al carácter tenaz de los navarros y á que era tradicional en ellos que defendiendo su querida ciudad no habían sido vencidos nunca, se comprende el empeño que los carlistas tuvieron en sostenerse en Estella, costase lo que costase (1).

Los carlistas tampoco llegaron á tener almacenes ni edificios militares en Estella hasta mucho después: ni siquiera residía en ella la Junta Real de Navarra; las municiones de boca que se consumían procedían de los pueblos comarcanos y de los riquísimos valles de la provincia; las de guerra no se construían allí. ¿A qué, pues, el empeño del Gobierno central de Madrid, cuando disponía, sin salir del antiguo reino de Navarra, de poblaciones tan importantes como Tudela, Olite, Tafalla y la plaza fuerte de Pamplona? ¿Por qué no recuperar antes la frontera, por donde entraban los recursos carlistas, y las aduanas de Valcarlos y

(1) Los acontecimientos que se sucedieron más adelante se encargaron de darles la razón.

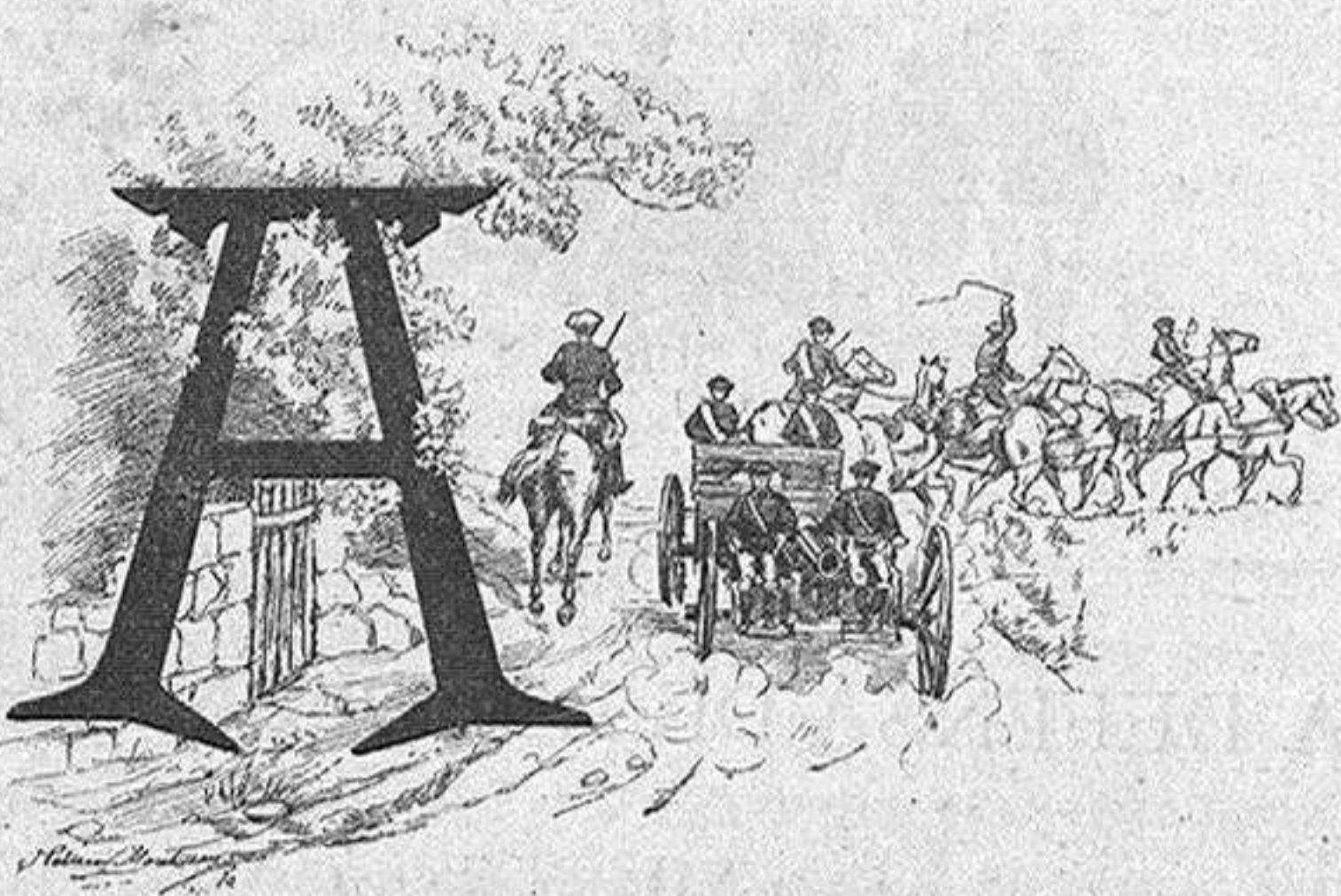
Dancharinea, que tan grandes recursos les procuraban?

La situación de las fuerzas carlistas en 1.º de octubre era con corta diferencia la misma que en 1.º del anterior: en Vizcaya y Guipúzcoa operaban D. Castor Andéchaga y D. Antonio Lizarraga, en los alrededores de Bilbao y Tolosa; en Navarra, D. Nicolás Ollo con 6 batallones navarros y 3 ó 4 alaveses con Mendiry. El ejército republicano, cuyo mando había tomado en aquellos días D. Domingo Moriones, ocupaba Tafalla, los pueblos de la Ribera, y como puntos avanzados y fortificados, Larraga y Lerín, con la línea del Arga formando un semicírculo con el Ebro hasta enlazarse en Logroño y demás puntos con la columna de la Ribera; disponía además del ferrocarril de Tafalla á Castejón y Logroño, y desde éste á Miranda, Madrid y Santander (1).

ANTONIO BREA.

MOMENTOS CRÍTICOS

EPISODIO DE LA PASADA GUERRA CIVIL



las nueve de la mañana del día 6 de octubre de 1873, recibió aviso el general Argonz, alojado en Estella, de que en las alturas llamadas de Santa Bárbara de Mañeru se había roto el fuego entre el 2.º batallón de Navarra y toda la división liberal mandada por D. Domingo Moriones. Pocos momentos después desfilaba por la carretera que va á Puente la Reina una sección de artillería de montaña, agregándosele en el primer recodo que forma aquélla antes de llegar á Cirauqui, los brillantes batallones 1.º de Navarra, mandado por el bravo teniente coronel Rodríguez, y 5.º de la misma provincia, dirigido por el leal marqués de las Hormazas.

Al llegar estas fuerzas á lo alto de los montes que forman una cañada en figura de herradura que desemboca en la caseta conocida por la «Cadena de Cirauqui», vieron á los voluntarios navarros que constituían los batallones 2.º, 3.º y 4.º, mandados por el heroico *Radica*, sereno Lerga y entendido Segura, que se replegaban después de haber luchado como leones por espacio de cinco horas contra los 24 batallones y 20

(1) Los voluntarios se valían de una expresión muy gráfica, que no dejaremos de consignar: decían que les *estaban haciendo el amor*.

piezas que componían el ejército liberal. La situación de los combatientes en aquel momento era la siguiente: Mendiry, con dos batallones alaveses, ocupaba la extrema izquierda carlista; el centro lo defendían el 1.º y la artillería, y la derecha el 5.º batallón; estando los demás á retaguardia con objeto de reorganizarse.

Faltaban pocos minutos para las dos de la tarde. Los liberales, al ver no podían romper la línea de hierro formada por las bayonetas de los alaveses que, sentados en el suelo, rechazaron á sus enemigos cuantas veces intentaron arrancarles las posiciones, hicieron alto en la primera altura que corona la dicha cañada, y durante un buen rato ocupáronse en reorganizar sus batallones para dar así más empuje al ataque que proyectaban. Ni un solo tiro se oía en el extenso campo; los dos combatientes se examinaban detenidamente para descubrir el punto vulnerable; en un lado, la victoria obtenida enardecía los ánimos; en el otro, el deseo de la revancha hacía jurar á todos vencer ó morir, *Radica*, al encontrar á Ollo, habíale dicho: «No ha de llegar la noche sin que esa gente entre de cabeza en Puente la Reina á bayonetazo limpio», y su general le respondió: «Con la ayuda de Dios conseguiremos que esta derrota gloriosa se convierta en gloriosísima victoria.»

De pronto el estampido del cañón interrumpe el silencio que reinaba; la granada fué á reventar á pocos pasos de la masa que formaba la brigada de Ruiz Dama. Otro cañonazo siguió al primero, y el proyectil, después de abrir ancha brecha en las filas liberales, reventó en medio de ellas; el tercero barrió tam-



bién á un buen número de soldados enemigos, y al estallar el cuarto saltaron por el aire pedazos de cuerpo humano. Las fuerzas carlistas, que, formadas en batalla, esperaban con ansia el momento de la revancha, al ver los certeros disparos de su artillería, rompieron en estrepitosos aplausos y en entusiastas vítores, y en aquel momento más parecía el campo de batalla una plaza de toros que el teatro de un combate donde muchos hombres habían muerto y centenares estaban condenados á morir. A cada disparo de cañón, miles de manos aplaudían; las granadas continuaban destruyendo los batallones liberales, y éstos, al verse tan rudamente combatidos, arrojáronse al suelo. En este instante, *Radica* se pone á la cabeza del 2.º batallón navarro, y dando frenéticos vivos á Dios, se lanza á la bayoneta; el 1.º no quiere dejar por entero la gloria de la jornada al 2.º, y llevando á su frente á Rodríguez, hace lo mismo con violentísimo empuje, atacando por



la izquierda á la altura ocupada por los liberales. Los oficiales enemigos procuraban hacer levantar del suelo á sus subordinados y volverlos á formar; pero cuando lo iban consiguiendo, aparecieron en la cumbre los voluntarios carlistas. No por verlos á veinte pasos de distancia desmayaron los republicanos; una nutrida descarga hizo morder el polvo á un buen número de los asaltantes; pero éstos, sin detenerse ni un segundo, los acometieron tan denodadamente, que á poco rodaban monte abajo ambos combatientes en completo desorden. Los alaveses corrieron á tomar activa parte en la función, y al 5.º de Navarra hubo que sujetarlo enérgicamente para que no cargara á la bayoneta.

Conquistadas las primeras posiciones, ordenó Ollo un cambio de frente, para que los alaveses se corrieran hacia la izquierda, y el 1.º, 2.º, 3.º y 4.º formaran el centro y derecha, presentándose así en las alturas coronadas por la ermita de Santa Bárbara. Moriones, sorprendido al ver correr á sus soldados, quiso restablecer el combate, y lo logró en las segundas posiciones; pero los carlistas no se dormían sobre los laureles conquistados y cargaron de nuevo con gran brío. Ollo, al notar que la artillería carlista había enmudecido, corrió á su encuentro y preguntó el motivo del silencio.

—Que no queda ni una sola granada,—le respondió el capitán de artillería.

—Pues haga usted fuego, porque la infantería está entusiasmada con ustedes y es preciso oiga cañonazos —repuso Ollo.



—No sé cómo hacerlo, no teniendo proyectiles.

—Tire usted con pólvora sola. Es necesario sostener la creencia de que cada cañonazo de ahora se lleva como los de antes una docena de liberales.

Rompióse el fuego con pólvora y tacos de papel y yerba; á cada estampido seguían los vivas, y los infantes tiraban sus boinas al aire, aclamando á los artilleros, y de este modo se conquistaron una á una las posiciones ocupadas por los liberales y perdidas por los

carlistas durante la mañana, hasta que á las siete y media de la noche, el ejército liberal, completamente derrotado, se encerraba en Puente la Reina, y al ser de día se retiraba á Pamplona, dejando en los hospitales, casas de Puente y en el campo de batalla 1.142 muertos, heridos y prisioneros, sobre 1.000 fusiles y muchos millares de cartuchos. Los carlistas tuvieron las siguientes bajas: el 1.º batallón, 115; el 2.º, 183; el 3.º, 56; el 4.º, 117; el 5.º, 37; los batallones alaveses, 103; la artillería, 5 hombres y 2 mulos, y la compañía del 5.º que ésta llevaba de escolta, seis heridos.

Las palabras de *Radica* se habían cumplido; los liberales, antes de ser de noche entraban de cabeza en Puente á bayonetazo limpio; Ollo, según había ofrecido, con la ayuda de Dios, la derrota de la mañana la convirtió en gloriosísima victoria. En señal de ella, mandó que se colocara una pieza muy cercana al puente que da entrada á Puente la Reina, y se hicieran dos disparos.

Los artilleros obedecieron, y en medio del silencio de la noche se oyeron dos cañonazos, cuyos proyectiles eran ¡enormes tacos de papel!



LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

VII

De todo esto necesita el soldado de montaña para salir airoso en sus empresas. Explorando, habrá de marchar por fuera de los senderos y encaramarse á los más altos picachos; combatiendo, tendrá á las veces que asaltar la posición del enemigo sobre rocas escarpadas ó retirarse por asperísimas pendientes. Ora se verá obligado á escalar un murallón para envolver el flanco que su contrario cree asegurado; ya habrá de deslizarse por el lecho de un torrente para tentar una sorpresa. En otra ocasión, si se trata de un oficial que persigue al enemigo á la cabeza de un destacamento, y cuenta con un ojo ejercitado, si el terreno le favorece, podrá guiar su tropa por atajos desconocidos para anticiparse á aquél en algún punto de paso preciso, y cuando sea él, oficial ó soldado, el perseguido, si posee golpe de vista para juzgar rápidamente del terreno y tiene el hábito de franquear toda clase de obstáculos, conseguirá salvarse y salvar á los suyos, allí donde otro no encontraría más recurso que el de rendir las armas.

Es, pues, de todo punto necesario el dar á nuestros batallones de cazadores la composición que hemos dicho, si han de justificar su nombre y si se ha de obtener de ellos toda la utilidad que la nación tiene dere-

cho á esperar para el importante objeto de que venimos tratando. Esa organización será, por lo menos, más racional que la actual, en la que parece haberse puesto empeño en hacer lo contrario de cuanto era natural, en lo que al reclutamiento de aquellos Cuerpos se refiere, pues á unos se les han asignado zonas con grandes centros de población como Zaragoza y Granada, esto es, precisamente donde peores reclutas podrán encontrar para su servicio especial, y otros corresponden á zonas llanas del interior; pero aparte del mayor ó mejor valor que los batallones de dicho Instituto pudieran tener por las condiciones de su personal, la circunstancia de elegir ésta en su mayor parte, según proponemos, en las comarcas fronterizas, les facilitaría grandemente el desempeño de la misión principal que se les ha señalado; porque así, al marchar los primeros á la frontera ó encontrándose ya en ella, completarían ó reforzarían desde luego sus efectivos, los que también hemos dicho que aun al pie de paz deberán ser más fuertes que en los demás Cuerpos de Infantería, razón por la cual podrían prescindir por el momento del resto de fuerza que hubieran de recibir del interior.

Los 12 batallones de cazadores que se emplearían en la frontera francesa, con arreglo á nuestro proyecto, no serían, sin embargo, por sí solos suficientes para la vigilancia y defensa de línea tan dilatada, ni aun en los primeros momentos de una campaña, en los que habrían de desempeñar su papel principal; pues si bien es lícito contar con que el enemigo tendría que emplear también ese tiempo en verificar por su parte la movilización, pudiera adelantarnos en ésta ó tratar de anticiparse en la ocupación de aquella con tropas ya dispuestas de antemano reservadamente, ó bien, aprovechando su superioridad numérica, lanzar desde el principio sobre nuestras posiciones una parte de sus fuerzas en el mismo pie de paz en que se encontrasen, á reserva de relevarlas más tarde con otras ya movilizadas. Todas las naciones se preocupan, y con razón, de los medios para proteger las importantísimas operaciones de la movilización y la concentración, que exigen orden, y por lo tanto una relativa tranquilidad, aun en medio de la febril actividad con que hoy se llevan á cabo. Las que tienen fronteras abiertas con territorios más ó menos llanos, se aplican principalmente á mantener siempre dispuestas masas considerables de Caballería que les garanticen el no ser sorprendidas en tan críticas circunstancias; otras han organizado tropas especiales, destinadas, bien á la defensa de las plazas fronterizas, como en Francia los dieciocho nuevos regimientos de Infantería, ó bien como en Italia los alpinos, de que ya hemos hablado, y en aquella misma nación la Infantería y Artillería de montaña, de reciente creación, cuya misión principal es la de defender los pasos que dan acceso al interior, mientras que se reúnen á sus espaldas las masas destinadas á la guerra en grande.

Nosotros tenemos un interés aun mayor que el de esos países en la conservación de los límites del territorio, cuya defensa á todo trance nos impone la infe-

rioridad de nuestras fuerzas respecto á la nación vecina, á fin de no perder las ventajas que los Pirineos ofrecen en el segundo papel que les atribuimos, el de servir de barrera á la invasión; y, si no es posible sostenerse en ellos indefinidamente, para quebrantar por lo menos al enemigo con la resistencia obstinada en las montañas antes de transportar la lucha á los teatros más abiertos del interior. Necesitamos, por lo tanto, guarnecer la frontera con tropas bastantes para defenderla eficazmente durante todo el tiempo que el grueso del ejército tardara en concentrarse sobre ella; mas si para esto se emplean una parte de las tropas que han de constituir ese grueso, esto es, de los regimientos de línea, por lo que á la infantería se refiere, vendríamos á parar, siquiera fuera parcialmente, en los inconvenientes de que nos hicimos cargo al tratar de la movilización sobre la marcha, además de la desventaja de no tener tales tropas una preparación adecuada para la guerra de montaña. Se podría, es cierto, destinar á tal objeto los regimientos que se reclutan en las zonas fronterizas, con lo que se evitarían hasta cierto punto aquellos inconvenientes, pero entonces, para disponer de estos Cuerpos con la libertad necesaria, sin exponerse á tener que alterar la organización en el momento preciso en que ésta ha de hacerse efectiva, digámoslo así, y en el cual ha de recoger el fruto de tenerla de antemano preparada, precisaría dejar tales regimientos fuera de esa organización de conjunto del Ejército, de manera que, no formando parte integrante de los Cuerpos de Ejército ó Divisiones, teniendo preferentemente un destino especial y habiendo, como es natural, de dárseles para este fin la educación conveniente, vendrían de hecho á ser tropas especiales, sobre todo si, como en tal caso se impondría el hacerlo, se modificasen las zonas de que se trata, segregando de ellas las comarcas llanas, para dar á dichos regimientos un reclutamiento en armonía con su misión más importante.

Esa solución, por ventajosa que parezca, no es la más conveniente. Hemos dicho ya que no podemos por ahora pensar en la creación de Cuerpos especiales de montaña localizados en los Pirineos, y la razón de esto se le alcanza á cualquiera que conozca la imposibilidad de aumentar la cifra permanente del Ejército y la no menos de rebajar el efectivo adicional de nuestros ya tan raquíticos batallones, para dar lugar á la formación de otros nuevos. Sacrificar, si se nos permite la frase, una parte de los regimientos de Infantería que hoy existen, ya fuera para transformarlos en Cuerpos fronterizos de aquella clase, á la cual se reduce en puridad la solución anterior, ó ya para aumentar el número actual de batallones de cazadores, tampoco puede hacerse, si se ha de contar con el número indispensable de los primeros para constituir los siete ú ocho Cuerpos de Ejército que necesitamos poner en primera línea; y la última hipótesis, la que acaso parecería preferible, sobre no salvar el anterior inconveniente de aumentar los batallones de cazadores, alteraría además la relación que existe entre el número de éstos y el de regimientos de línea, la que no conviene traspasar.

sar. para que no resulte en detrimento de la calidad de éstos la existencia de aquéllos tal cual la proponemos.

Si no se han de crear nuevos Cuerpos permanentes, ni transformar una parte de los existentes, no queda, pues, más recurso, para aumentar las fuerzas dispuestas á ocupar prontamente la frontera en caso de guerra y á combatir sobre sus montañas desde los primeros días en condiciones de éxito, que el tratar de utilizar para tal objeto las reservas de todas clases establecidas en las mismas localidades, dándoles la organización más adecuada. Así se evitaría á la vez la contradicción chocante en que hoy se incuriría, con resultado probablemente funesto, si adoptando, como creemos necesario, el principio de la movilización á pie firme, se hacía marchar al interior, para incorporarse á sus regimientos ú organizarse, á todos los reservistas de las comarcas fronterizas, en las cuales tan cruelmente podría sentirse al mismo tiempo la falta de soldados; y no se nos diga que esto podría abreviarse sin más que llevar desde luego á la frontera aquellos regimientos: porque aparte de la complicación que produjera esta imprevista derogación parcial del plan general de la movilización, ya hemos apuntado en varias ocasiones lo defectuoso de semejante procedimiento, por el cual tampoco se conseguiría disponer de un solo hombre hasta la llegada de los cuadros con el núcleo de fuerza permanente, con la que habrían de amalgamarse los reservistas, faltando además que arbitrasen á tiempo los medios de armarlos y equiparlos. Por el medio que proponemos, formando batallones independientes de reserva, que podrían llamarse móviles ó fronterizos, con una repartición bien estudiada del territorio y teniendo de antemano en los centros de batallón los almacenes de vestuario y armamento, bastarían muy pocos días para tenerlos movilizados y prontos á obrar, y aun en horas se podrían tener dispuestas las compañías en sus respectivas cabeceras, si con un poco de previsión se hacía marchar á ellas al primer amago los cuadros correspondientes, conduciendo el material necesario.

Los actuales regimientos de reserva no pueden llenar cumplidamente ese cometido. Sus zonas son demasiado extensas para que la reunión tenga lugar en tan breve tiempo como es indispensable hacerla; comprenden también las de la frontera, por la misma razón, muchas comarcas llanas, de las que por lo tanto no pueden obtenerse buenos soldados de montaña; mucha de su gente carece de instrucción, y por otra parte no fuera justo enviar á combatir en vanguardia de todas las demás tropas á Cuerpos que figuran en la segunda reserva del ejército, mientras que los demás de esta clase sólo prestarían ordinariamente servicios de segunda línea. Si examinamos la composición de los batallones de primera reserva ó terceros batallones de los regimientos activos, vemos que en manera alguna pueden convenir á nuestro propósito, puesto que la fuerza que en ellos figura al pie de paz ha de nutrir al pasar al de guerra á los dos primeros batallones correspondientes; y en cuanto al gran número de reclutas en depósito dependientes de los cuadros de reclutamiento, ninguna utilidad pueden prestar mientras no

se les dé la instrucción militar de que carecen en absoluto y se organicen dichos cuadros convenientemente para formar batallones de guerra.

Las tropas de que tratamos constituirían, según esto, una infantería especial de reserva, algo así en cuanto á la forma, pues que su naturaleza sería distinta, como las antiguas tropas de los confines militares en Austria, ó mejor aún, para que se comprenda bien, una reserva esencialmente móvil, aunque localizada, á semejanza de los tiradores nacionales del Tirol. Para esto no es necesario modificar la ley vigente de reclutamiento, dentro de ella pueden encontrarse los recursos que hacen falta. Bastaría, en efecto, modificar la distribución que al presente tiene el territorio en las 68 zonas militares existentes, por lo menos en los distritos fronterizos de Cataluña, Aragón, Navarra y Vascongadas, para formar dentro de los límites de la región montañosa pirenaica tantos distritos ó zonas de batallón como permite la población de aquellos valles, de manera á constituir en cada una de ellas un batallón de reserva activa con todos los hombres comprendidos en el período de actividad, ó sea en los seis primeros años de la obligación al servicio militar, componiendo los de los seis últimos un segundo batallón sedentario ó de segunda reserva. El número restante de zonas no es necesario alterarlo para éstos, pues como los batallones de cazadores no se han de nutrir, según nuestro proyecto, de ninguno exclusivamente, quedan siempre, fuera de las fronterizas, las suficientes para el reclutamiento de todos los regimientos de Infantería. Sólo sería preciso cambiar la correspondencia de algunos de éstos con aquéllos, dando á las que hoy se nutren de las zonas de la frontera las que en la actualidad corresponden á los cazadores.

FRANCISCO LARREA.

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación.)

- 31.—Bandera de las Fuerzas Realistas de la Rioja. Sirvió para hacer el levantamiento de Voluntarios Realistas en 1872, sin que sirviera mas que por unos días.
De seda en colores nacionales: en el anverso y centro, la imagen de la Purísima; en el reverso, la cifra y número «C. 7.º» con corona real y alrededor el lema «Dios, Patria y Rey».
- 32.—Bandera de seda encarnada, con un escudo de armas de España en el anverso y otro en el reverso, de los de Molina de Aragón, cogida al enemigo en el asalto y ocupación de esta población por las Fuerzas Realistas del Ejército del Centro el día 15 de Enero de 1875; está manchada de sangre.
- 33.—Banderín en color rosa, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 1.ª compañía».
- 34.—Banderín en color blanco, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 2.ª compañía».

- 35.—Banderín en color verde, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 3.ª compañía».
- 36.—Banderín en color azul, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 4.ª compañía».
- 37.—Banderín en color azul, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 5.ª compañía».
- 38.—Banderín en color amarillo, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 6.ª compañía».
- 39.—Banderín en color amarillo y encarnado por mitad, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 7.ª compañía».
- 40.—Banderín en color morado y blanco por mitad, con la inscripción «Batallón del Rey, 1.º de Navarra, 8.ª compañía».
- 41.—Banderín de lana encarnada; en anverso y centro, la cifra de «C. 7.º» con corona Real y cuatro flores de lis en sus ángulos y la inscripción «8.º Batallón de Guipúzcoa»; en el reverso, cuatro flores de lis blancas.
- 42.—Banderín de seda en colores nacionales, con la inscripción «Tercios de Tolosa», bordada en seda blanca.
- 43 y 44.—Banderines de lana en colores nacionales. Sirvieron sobre las tiendas de campaña de S... el R... Don Carlos VII, en la guerra de Bulgaria, en donde dirigió las operaciones de los ejércitos ruso-rumanos.
- 45.—Boina de lana azul con borla de seda negra que perteneció y usó Doña María Teresa de Braganza y de Borbón (Q. E. G. E.) en la campaña de 1833 á 1839.
- 46.—Boina de lana encarnada con chapa, y en ella el escudo de armas de España y tres entorchados alrededor, que llevó puesta S... el R... Don Carlos VII durante la campaña de 1873 á 1876.
- 47.—Boina de lana encarnada con chapa, y en ella cifra C. 7.º, que usó el Coronel D. Fernando de Gurowsky, Marqués de Bondad-Real, oficial de órdenes de S... el R... Don Carlos VII, durante la campaña de 1873 hasta el día de su fallecimiento, ocurrido en Zornoza (Vizcaya) el 4 de Noviembre de 1875.
- 48 y 49.—Boinas de lana azul, modelo usado por las tropas realistas de España en las campañas de 1833 á 1839, 1848 y 1873 á 1876.
- 50 y 51.—Boinas de lana blanca, modelo usado por las tropas realistas de España en las campañas de 1833 á 1839, 1848 y 1873 á 1876.
- 52.—Faja de Capitán general de Ejército, de seda carmesí con tres pasadores y dos borlas de oro en sus extremos, llevada por S... el R... Don Carlos VII durante la campaña de 1873 á 1876.
- 53.—Cordones de oro que usó el Coronel D. Fernando Gurowsky, Marqués de Bondad-Real, como oficial de órdenes de S... el R... Don Carlos VII, durante la campaña de 1873 hasta el día de su fallecimiento, ocurrido en Zornoza (Vizcaya) el 4 de Noviembre de 1875.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Batalla de Montejurra.

(Lámina suelta.)

Al finalizar el Octubre de 1874 llegaron á Estella los Infantes Don Alfonso y Doña María de las Nieves, que tan heroica campaña habían hecho en Cataluña. A los pocos días de

haber pisado territorio navarro, el general republicano Moriones les dió ocasión de presenciar una de las victorias que más brillo dieron á las armas carlistas. Unido con Primo de Rivera, y con un ejército compuesto de 16.000 infantes, 1.000 caballos y 24 piezas de artillería, decidió atacar nuevamente la línea de Estella por otro punto distinto que el que había elegido en Octubre.

No es de este lugar el hacer amplia descripción de la empeñada lucha trabada por ambos ejércitos; los minuciosos detalles de estas jornadas tendrán ocasión de conocerlos nuestros lectores por un artículo que sobre este victorioso hecho de armas verá la luz en nuestras columnas. La lámina suelta alusiva á la acción de que nos ocupamos, es copia directa de una fotografía de un cuadro al óleo que adorna uno de los salones del Palacio Loredán.

El alojamiento.

(Lámina suelta.)

No es ningún episodio determinado el asunto de esta lámina, que tan de relieve pone las notables aptitudes artísticas de su autor el Sr. Pellicer Montseny; pero es expresión tan fiel del ejército carlista catalán y de los pueblos por él visitados, que nadie al contemplarlo dejará de recordar la última campaña carlista y las poblaciones por nuestro ejército visitadas.

El Barón de Sangarrén.

(Pág. 209.)

Don Ramón de Altarriba Villanueva y Colón, Marqués de Villalegre y de San Millán, Barón de Sangarrén, es el segundo de los hijos del Conde de Robres, jefe de una de las casas más nobilísimas de Aragón, donde poseía una inmensa fortuna, que en su mayoría fué sacrificada en la primera guerra civil carlista.

Siendo muy joven marchó el Barón á Marruecos con el ejército español á combatir por la honra de España, y allí ganó por su valor la cruz de San Fernando y el empleo de teniente. Tiempo hacía que en su brazo lucían las tres estrellas de capitán, cuando la revolución de Septiembre de 1868 derribó el trono de Doña Isabel, y Sangarrén, teniendo presente que sus antepasados siempre habían sido lealísimos vasallos de los Reyes legítimos de España, y escuchando los propios impulsos hijos de arraigadísimas convicciones, pidió y obtuvo su licencia absoluta, marchando en seguida á París á ofrecer al Señor Don Carlos de Borbón su sangre, su espada y toda su fortuna.

Grandes servicios prestó á la causa en aquella época, tomando parte activa en los trabajos que se hacían y secundando admirablemente las órdenes que se le daban, hasta que llegado el momento del levantamiento, Sangarrén no faltó en su puesto, distinguiéndose en tan larga campaña como buen jefe y valiente soldado. En gran número de acciones y batallas tomó parte, recibiendo como prueba de sus brillantes servicios las medallas de Vizcaya, Montejurra, Carlos VII, la cruz roja del Mérito militar, que juntas con la de San Fernando y medalla de África adornan su pecho.

Ya coronel, mandó diferentes cuerpos, siendo el último el de los aragoneses llamado *Almogávares del Pilar*, fuerza con que prestó grandes servicios, hasta que hacia lo último de la campaña una denuncia fué causa de que se le sujetara á una sumaria. Siguió ésta todos los trámites reglamentarios, resultando de ella que había gastado de su bolsillo particular una respetable cantidad en vestir y sostener á los voluntarios de su cuerpo, apareciendo además tantos y tan extraordinarios servicios, que el fallo del Consejo de guerra, no solamente

fué absolutorio, sino que mandó se publicara la honrosa sentencia en *El Cuartel Real* y en la orden del día del ejército carlista, recibiendo al poco tiempo el empleo de brigadier.

La sumaria, encuadrada en terciopelo y oro, es una de las prendas que el Barón tiene como de más valía. Terminada la guerra, casó con la heredera del opulento Marqués de Villalegre y de San Millán, entusiasta tradicionalista, y en la actualidad es diputado á Cortes por el distrito de Azpeitia, siendo el único de la Comunion carlista que se sienta en los escaños del Congreso.

Don Jaime y Doña Blanca en el Norte.

(Pág. 212.)

De una fotografía del natural que un distinguido amigo nos ha mandado, hemos podido reproducir en nuestras columnas este episodio de campaña. Don Jaime y Doña Blanca hállanse rodeados de jóvenes cadetes. Merece citarse un rasgo de D. Jaime, que reveló ya entonces bien claramente sus sentimientos. Paseando á caballo, le acompañaba un oficial del Real Cuerpo de Guardias, que le dijo: «Señor, ya es hora de volver.—¿Adónde?, preguntó el Príncipe.—A Francia, señor.—A Francia no, replicó Don Jaime. A España, á España, que es la patria de mi Papá y la mía.»—Añadiendo luego: «Yo soy coronel español, y ahora voy á ponerme el uniforme.»

En Elizondo permanecieron los augustos niños, constituyendo el encanto de toda su servidumbre.

Frecuentemente se veían sorprendidos en su paseo por nutridos grupos de hombres, mujeres y de niños, ávidos de conocerles. En una correspondencia de Elizondo que publicó *El Cuartel Real* encontramos hechos los retratos de los regios infantes:

«Figúrese V. una niña de siete años, con una hermosa cabellera rubia caída sueltamente sobre la espalda, un rostro ovalado, blanco y ligeramente sonrosado, con un hoyito en cada carrillo, unos ojos garzos sombreados por largas pestañas y una boca dulcemente contraída por angelical sonrisa; añada usted á esto una movilidad como la de la mariposa entre las flores, corriendo siempre, y siempre sonriendo y acariciando; figúrese V. todo esto, y acaso acaso habrá V. conocido á Doña Blanca.

»Doña Elvira es tan bonita y tal vez más que Doña Blanca; pero de tipo completamente opuesto. Morena, pelo negro y ojos negros como el azabache, boca pequeña y dientes menudos y blancos; su sonrisa es como la de un ángel; su voz parecida al canto de un pájaro.

»La fisonomía de Don Jaime tiene más semejanza con la de Doña Blanca que con la de Doña Elvira, pero no su carácter, Travieso como todos los niños de su edad, pero grave y altivo, aun en medio de sus puerilidades, un hombre observador, al verle ostentar con orgullo su uniforme de coronel de caballería, diría: «Este niño ha nacido para adquirir gloria en los campos de batalla.» Al observar después la gravedad y desenvoltura con que se coloca en el centro de los numerosos grupos de personas que vienen á besarle la mano, tal vez se atrevería á decir: «Este niño tiene el presentimiento de sus destinos.» Agréguese á esto que no sabe hablar mas que de España y que todo lo de España le parece bueno y excelente, y se vendrá en conocimiento del carácter y sentimientos del hoy P..... de A.....»

Familia Diez de la Cortina.

(Pág. 213.)

En el número 4 de nuestra publicación publicamos el retrato y biografía del Marqués de la Cortina, acaudalado pro-

pietario que con sus tres hijos y su sobrino carnal se incorporó á las fuerzas legitimistas que operaban en la Mancha.

En la funesta sorpresa de Piedrabuena perdieron la vida luchando heroicamente el Marqués y su hijo primogénito Juan, que es el que está sentado en el centro del grupo de nuestro grabado. El que está de pie á su izquierda, Rafael, tuvo su caballo muerto en la misma acción. El de la derecha, José, quedó herido, y cupo igual suerte á su primo Alejandro, que es el otro que está sentado.

En la actualidad reside D. Rafael Díez de la Cortina en Nueva York, y en Marchena (Sevilla) D. José.

Casa-alojamiento de Don Carlos en Orduña.

(Pág. 216.)

Al visitar por primera vez Don Carlos la ciudad de Orduña, fué objeto por parte de sus moradores de una ovación delirante. Cada esquina ostentaba un arco adornado con infinidad de banderolas, y no había ventana, puerta ó balcón que no estuviesen materialmente cubiertos por multitud de guirnaldas formando caprichosas ondas de follaje, flores y vistosas telas. Las aclamaciones que el R..... arrancaba á su paso, no tenían límite, y de día y de noche numerosísimos grupos se estacionaban á la puerta de Palacio con el afán de ver á S..... que con frecuencia tenía que asomarse al balcón para satisfacer la ardiente curiosidad de todos. También fué obsequiado con una agradabilísima serenata de guitarras y bandurrias que fué escuchada por Don Carlos desde los balcones de la casa que presentamos en grabado á nuestros lectores, propiedad del entonces diputado Sr. Piñera.

Durango.

(Pág. 217.)

Creemos que nuestros lectores verán con gusto el presente grabado de Durango, villa lealísima al Rey y residencia que fué por mucho tiempo del Cuartel Real de Don Carlos. La villa de Durango, perteneciente á la provincia de Vizcaya, es antiquísima y en todas las guerras ha sido considerada como el punto de apoyo de las operaciones militares de la provincia. Tiene por armas dos torres, río, puente y dos lobos en medio, con la inscripción de «Durango noble y leal á la corona Real.» En la guerra de los siete años desempeñó Durango un papel tan importante como en la pasada lucha. Fué ocupada por el ejército carlista á mediados de Julio de 1873, y desde entonces fué adoptada por Don Carlos como su habitual residencia, alojándose al principio en la casa de Orue, después en la morada del Sr. Ampuero y últimamente en la del Sr. Arquizoniz, acaudalado propietario de la comarca. En Durango se celebraron los Consejos de ministros bajo la presidencia de Don Carlos, entre los cuales el importantísimo que decretó el plan de campaña y reorganización militar, después de la retirada de Somorrostro, y del que brotaron los felices acuerdos que tanto habían de valer al Ejército carlista en posteriores jornadas.

Momentos críticos.

EPISODIO DE LA PASADA GUERRA CIVIL.

(Págs. 219-220.)

La acción de Santa Bárbara de Mañeru fué otra de las victorias que alcanzó el indomable arrojo del ejército carlista. El presente episodio sólo refiere de esta gloriosa batalla la parte más heroica. En su día se darán á luz más pormenores, narrándola bajo el punto de vista militar.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.

«Pues tomad, añadió presentando un memorial, leed y haced justicia, que para eso sois rey.»

Sugiérenos estas reflexiones la muerte de D. Manuel María Echarri y las enseñanzas que se desprenden de su vida ejemplar, pasada en la amistad, puede decirse, de la Real Familia á quien servía en el destierro.

No estará de más repetir aquí por vía de preámbulo histórico lo que de Echarri ha dicho *El Correo Español*.

Nació este fiel servidor de la Causa realista el año 1811, en el pueblo de Idiazábal (Guipúzcoa), y con aprovechamiento estudió en Villafranca, donde le sorprendió la guerra de los siete años antes de haber podido recibirse de médico, pero siendo ya cirujano-practicante. Con este título, ó sargento de la Facultad, como entonces también se decía, ingresó en las filas carlistas, y cuando á la terminación de la guerra entró en Francia Carlos V, con él pasó la frontera, siendo recibido en seguida á su servicio.

Don Manuel María Echarri pertenecía á una pobre, pero antigua, familia guipuzcoana. Su padre, que acababa de casarse al estallar la guerra de la Independencia, dejó en cinta á su joven esposa, alistándose como voluntario contra el francés y recibiendo muerte gloriosa en los primeros combates. Manuel nació huérfano de padre.

Los estudios de Medicina de Echarri fueron interrumpidos por la guerra civil, en la cual tomó parte en el cuerpo de Sanidad Militar, distinguiéndose en muchas ocasiones y ganando la cruz de San Fernando. Al terminar la guerra desempeñaba el empleo equivalente á capitán. Emigrado, estaba en vísperas de embarcarse con otros carlistas para América, donde había hallado una excelente colocación, cuando vinieron á proponerle entrar al servicio de Carlos V. Buscaban para la Real Casa un hombre de toda confianza, inteligente y que hablase francés; pero Carlos V, prisionero y despojado de todo, se hallaba en la imposibilidad de renumerar á aquel servidor, al cual no se ofrecía además quedar definitivamente en la servidumbre de la Real Casa.

Echarri, á pesar de todo, renunció á la lucrativa posición que le aguardaba en América, y aceptó aquel humilde puesto cerca de Carlos V, que le honró con su mayor confianza. Todo Bourges no tardó en comprender y apreciar á aquel hombre de tan excepcional fidelidad y tan útil.

Durante seis años Carlos V no pudo darle sueldo alguno, y no solamente servía de balde, sino que gastaba de su modesta fortuna para perfeccionarse, con buenos maestros, en el francés, lengua que era indispensable y que no hablaba ningún otro individuo ni de la alta ni de la baja servidumbre.

En aquellos amargos años llegó á tal punto la horrosísima miseria de la Familia Real, que hubo días en que *materialmente* no se podía comer por falta de dinero, y Echarri, con su propio crédito y bajo su responsabilidad personal, tomaba prestado para el gasto del día.

Acompañando al conde de Montemolín en todos

sus viajes, no había de abandonarle, naturalmente, en el de San Carlos de la Rápita, y en efecto, con él cayó prisionero en Ulldecona, en casa de la honrada familia Raga, con él compartió el cautiverio y con él recobró la libertad, habiendo sido el depositario de todos los secretos de aquella desgraciada expedición y la única persona á quien el hijo de Carlos V confió todos los hilos, sin exceptuar uno sólo, de aquella vastísima trama. Nadie lo sabía, porque Echarri, que era la discreción en persona, aparentaba no salir nunca de su papel de criado con la humildad que le caracterizaba; pero á la muerte de Carlos VI los encargados de examinar los papeles del difunto Rey, personas de absoluta y merecidísima confianza para la Familia Real, quedaron asombrados al ver que los más importantes y delicados, los relativos á cosas que ellos mismos ignoraban, estaban escritos de puño y letra de su ayuda de cámara.

Llegados á este punto, referiremos el capital incidente de la evasión de Carlos VI.

El clima de Bourges era tan fatal para la Reina Doña María Teresa, que los médicos no respondían de su vida si continuaba allí. Ni la augusta Señora consentía en separarse de Carlos V, ni á Carlos V le permitían las autoridades orleanistas moverse de la ciudad, mientras mantuviese firme la protesta contra la usurpación española.

En este trance, Carlos V decidióse á renunciar todos sus derechos en la persona de su hijo primogénito el 18 de Mayo de 1845, y el 17 de julio del mismo año pudo salir para Italia, trasladándose todos los rigores de los carceleros y toda la estrechez de la reclusión sobre su sucesor, que tomó el título de Conde de Montemolín, cuyo pensamiento constante fué desde entonces la evasión, que al fin llevó á cabo el 16 de Septiembre de 1846, sin más connivencia que la de Echarri, principal protagonista, su cochero y el Príncipe de Arenberg, belga, concertándola de este modo:

Por razones higiénicas se permitía al augusto recluso pasearse en coche por los afueras de la ciudad, siguiendo el carruaje dos gendarmes á caballo.

El día convenido fingió el Conde de Montemolín un fuerte dolor de muelas, y subió al coche con la cara envuelta en un gran pañuelo de seda.

Echarri, ayuda de cámara suyo, que podía entrar y salir libremente, y tenía su misma estatura, vistióse con un traje igual y cubrióse la cara con un pañuelo idéntico, escondiéndose en un matorral espesísimo situado en un punto muy solitario de la carretera, y precisamente en un sitio donde el camino formaba un brusco recodo.

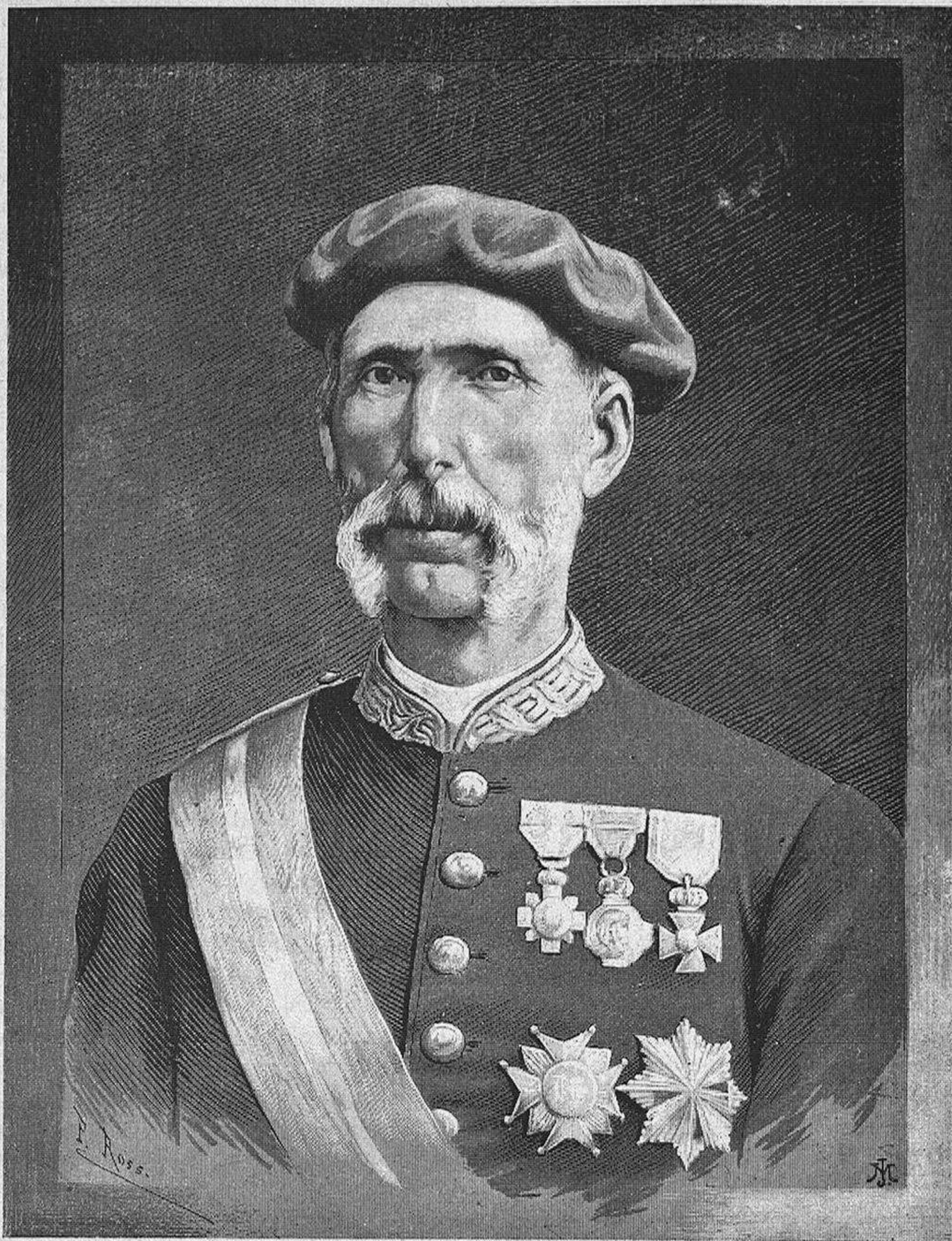
Poco antes de llegar á aquel paraje, el cochero, prevenido de antemano, hizo partir los caballos á escape furioso, fingiendo que se le desbocaban, y con la rapidez del relámpago, y antes que los descuidados gendarmes doblasen el recodo, el cambio estaba efectuado, y en los cojines del coche se hallaba tendido Echarri, y el Conde de Montemolín en el matorral.

Nadie sospechó lo más mínimo, y la comitiva regresó á casa. Echarri entró en el cuarto de su amo,

cambió de traje, endosando el de costumbre, cerró herméticamente las ventanas y salió al poco tiempo diciendo que el Rey sufría de un violento dolor de cabeza y que no quería ver á nadie; que él le entraría las comidas y se las serviría solo mientras durase aquel estado. Y en efecto, cada día entraba á las horas acostumbradas los platos, que él se comía.

A poca distancia del matorral, el Príncipe de Arenberg esperaba á Carlos VI con un brioso caballo. Montó en él, y tuvo la dicha de pasar la frontera antes que el Gobierno de Luis Felipe tuviese ni asomo de sospecha de su fuga.

Tres días más tarde llegó el aviso de que se hallaba en salvo, y Echarri fué en persona á poner la fausta



General carlista D. Ramón Argonz.

nueva en noticia del gobernador, quien quedó aterrado y quiso á toda costa saber detalles de la evasión. Echarri se apresuró á darlos, asumiendo con noble orgullo toda la responsabilidad y contando que á él se debía todo, y su entereza impuso de tal suerte á las autoridades, que éstas tuvieron vergüenza de castigar un rasgo de abnegación que todo el mundo admiraría, y le dejaron en libertad.

Poco después se reunió en Londres con Carlos VI, para no abandonarle hasta la muerte.

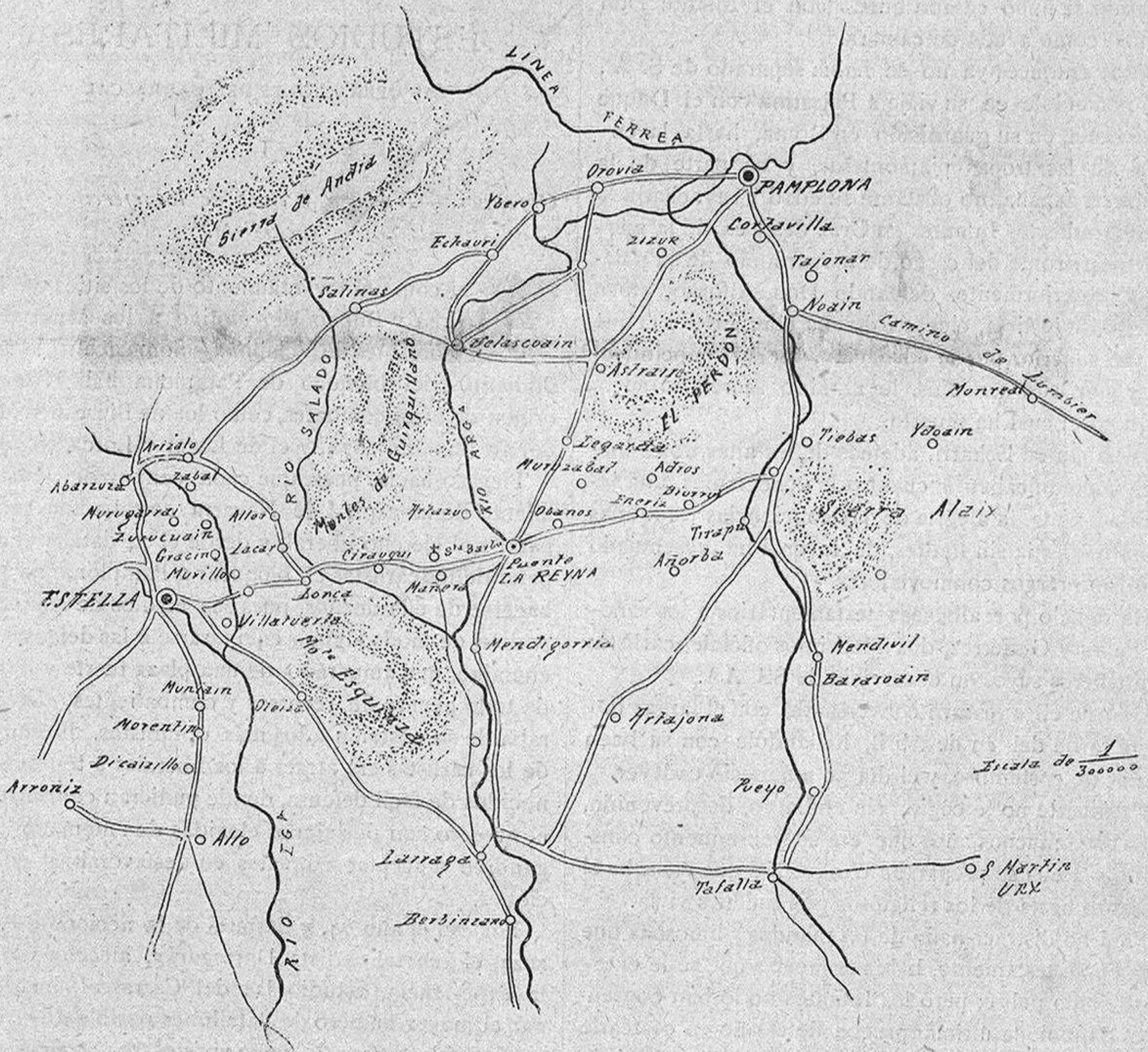
Después de haber tenido el triste consuelo de cerrar los ojos á Carlos VI, á la Reina Carolina y al Infante Don Fernando, fué Echarri llamado por la venerable viuda de Carlos V, Doña María Teresa, quien le consideraba en alto grado y que le guardó al lado suyo en Trieste hasta que Doña María Beatriz se lo pidió para

que fuera á Venecia á prestar servicio á sus hijos.

Sobre su asistencia al Infante Don Fernando y á los Condes de Montemolín, hay que añadir á lo dicho en sus notas biográficas algunos detalles conmovedores.

El tifus y escarlatina contraídos por Don Fernando á consecuencia de su larga peregrinación á pie y descalzo desde Trieste al Santuario de María Tell, en Estiria (por un voto hecho en San Carlos de la Rapita), y

que le ocasionaron la muerte en el castillo de Brunsee, eran de indole tan perniciosas, que los médicos dijeron no podía permanecer el cadáver en la casa, so pena de dejarla infestada, y en efecto, fué expuesto en un pabellón del jardín, muy retirado, con todas las ventanas abiertas. A pesar de que hacía un frío de más de 20 grados bajo cero, y que todos huían del muerto, Echarri permaneció velándole toda la noche,



Croquis de las operaciones del Carrascal.

siendo tal la intensidad del frío, que por efecto de ella perdió aquella noche toda la dentadura, que estaba fuerte y santísima.

Al caer en Trieste atacados de la misma enfermedad Carlos VI y Doña Carolina, todos huyeron igualmente del lecho de los apestados, excepto la Reina viuda, Doña María Teresa, y Echarri, que se relevaban incansables durante días y noches, sostenidos por las fuerzas sobrehumanas que puede dar sólo el cariño.

El obispo de Trieste quiso ir en persona á darles el Santo Viático; pero vencido por la emoción prorumpió en llanto, y su mano, que sostenía la cuchara en que se hallaba una partícula de la hostia en un poco de agua (porque los dos moribundos no podían ya tragar nada de otra manera), temblaba al punto de no

poderla introducir en la boca. Entonces Echarri la tomó y les dió el Señor.

Al lado del Infante Don Alfonso condujose también heroicamente en Roma. Mientras S. A. se batía en la Puerta Pia, Echarri, bajo una lluvia de balas, con riesgo inminente de la vida, le llevaba la comida. Con igual abnegación le prestaba el mismo servicio mientras estuvo prisionero, llevándole á las cárceles del Macao todo cuanto pudiese hacer más llevadero el cautiverio, á pesar de que exponía igualmente la vida, pues para llegar hasta el Infante le era preciso arrostrar los insultos de la hez de la canalla, que escupían, apedreaban y atropellaban á los que manifestaban interés por los presos.

Don Manuel María Echarri, que había recibido de Car-

los VI el empleo de comandante, fué promovido á coronel de infantería durante nuestra guerra, por sus servicios en Cataluña, donde acompañó á los Infantes en sus penosísimas marchas mientras humanamente tuvo fuerzas para ello, quedando después en la frontera como encargado de los asuntos de Don Alfonso.

Echarri estuvo también en Venecia, en el palacio Loredán, mientras Don Carlos permaneció soltero, y cuando se hubo casado quedó con el Infante Don Alfonso como ayuda de cámara.

Desde entonces ya no se había separado de S. A., acompañándole en su viaje á Palestina con el Duque de Módena, en su guarnición en Roma, hasta la entrada de las tropas piemontesas, y en parte de la guerra en España, no obstante su edad y sus achaques.

Emigrados los Infantes en Graz después de la guerra, invistiéronle del cargo de mayordomo de su palacio, y posteriormente, deseando Don Alfonso, en su espíritu de justicia, elevarle de una condición á la que era tan superior por su educación, por sus conocimientos y por sus servicios, le nombró secretario suyo, cargo en el cual ha muerto.

Brillaban en Echarri, además de las altas dotes morales que edificaban á cuantos le conocíamos, una jovialidad suma, la alegría de las conciencias tranquilas y una modestia sin límites, de la cual he presenciado yo mismo rasgos conmovedores.

Ha dejado por albaceas testamentarios á los señores Palau y Gutiérrez, dos fidelísimos oficiales carlistas compañeros suyos en el servicio de SS. AA.

Uno de ellos estuvo conversando con él largas horas la tarde del 29 de Abril, hallándole con su buen humor de costumbre, y el día 30 amaneció cadáver.

La muerte no le cogió, sin embargo, desprevenido, pues hace muchos años que era su pensamiento constante, y á ella se preparaba con piedad que causaba el asombro hasta de los religiosos con quienes vivía.

Para no distraer nada de las mandas y limosnas que deja en su testamento, había ordenado que se le enterrase como pobre; pero los Infantes no lo han consentido, dándole la última prueba de cariño en costearle un entierro de primera clase, que se celebró efectivamente con pompa pocas veces vista en Graz.

Echarri vestía, según había dispuesto, el hábito de terciario de San Francisco.

Sobre el ataúd iba la corona, con los colores nacionales, enviada por el Rey.

Detrás del hermoso carro fúnebre, tirado por seis caballos, dos de ellos montados por palafreneros, y acompañado por catorce hombres con antorchas encendidas, iba un empleado de las pompas fúnebres llevando la otra gran corona mandada por los Infantes.

La colonia española de Graz había ofrecido otra muy hermosa. Seguían inmediatamente los coches de SS. AA. RR.

Después, en otros coches, el P. Borgazzi, confesor de Doña María Beatriz, el testamentario Sr. Palau, con toda la servidumbre de la villa Nieves, el Barón de Walterskirchen, el Conde de Laroche, la Comunidad de los dominicos, la de los franciscanos, la de los

lazaristas, la de los hermanos de San Juan de Dios, cien pobres, cincuenta huérfanos, un numeroso coro de cantores, y doce carruajes de gran luto, como se usa en Austria para los funerales de lujo.

Entre las personas del clero quiso acompañarle el párroco de la Catedral, monseñor Hebenstreit.

FRANCISCO M. MELGAR.

ESTUDIOS MILITARES

LAS OPERACIONES DEL CARRASCAL

I

Objetivos. — Número y clase de los ejércitos liberal y carlista.

A sí como el levantamiento de los sitios de Tolosa y Bilbao dió motivo á los sangrientos combates de Velabieta y Somorrostro, el rompimiento del bloqueo de Pamplona había de ser origen de otros combates, como los de Biurrun y Monte San Juan, en 1874, y el de Lácar y Lorca, en 1875.

Tiempo hacía, pues, que cada convoy de abastecimiento de la capital de Navarra costaba una reñida batalla al ejército liberal, y desde el 74 databa el empeño de los carlistas en bloquear á Pamplona, no para hacerse de ella dueños, pues sus medios de ataque no podían de modo alguno equipararse á las defensas del enemigo, que amparado de una plaza fuerte y dotada de todo género de recursos y combatientes, desesperaba de su posesión á los más optimistas. El empeño de los carlistas era atraer á los liberales á terrenos conocidos de fácil defensa, donde pudieran contrarrestar el número con posiciones elegidas de antemano, obligándole á aceptar empeños en desfavorables condiciones.

Por eso el año 74, y después de la acción de Abárzuza, el general carlista Dorregaray, aleccionado por la experiencia, estudió las del Carrascal, hizo allegar el mayor número de Batallones posible á Navarra, así como las bocas de fuego existentes entonces, para no sólo cubrir á Estella de un golpe de mano, sino llevar su defensa desde Puente la Reina á Lumbier, cubriendo el camino de Tafalla á Pamplona, á fin de atraer al enemigo á las posiciones mencionadas del Carrascal.

Su sucesor D. Torcuato Mediri continuó y mejoró los trabajos de su antecesor en toda la línea, y á excepción del período del sitio de Irún, en que se desprendió de algunos Batallones navarros, para ayudar á los demás, apenas terminadas aquellas operaciones en Noviembre de 1874, aumentáronse las defensas del Carrascal, abriendo trinchera bajo la dirección de los Jefes de los Cuerpos, y Baterías bajo la de los Artilleros. Había, pues, en la época que nos ocupa fuertes atrinchamientos en la Sierra del Perdón, Biurrun, Tirapu, Olcoz, Guirguillano, Añorbe, Muruzabal, Obanos, Santa Bárbara de Mañeru, Monte Esquinza y Unzué, así como diversas Baterías en Olcoz, Añorbe y sobre

todo en Santa Bárbara de Mañeru, constituyéndose en ésta una fortificación poco menos que inexpugnable.

Ocupados estaban, pues, todos estos puntos por las fuerzas carlistas en los últimos días del mes de Enero de 1875. Componíanse éstas de 10 Batallones navarros, cinco alaveses, cuatro castellanos, dos cántabros, el riojano, el aragonés y el de Guías del Rey que acababa de organizar el Coronel Calderón (1); tres Baterías montadas, una de á caballo y dos de montaña (2), formando un total aproximado de 13 á 14.000 hombres, 600 caballos y 40 piezas de batalla.

Como más adelante veremos, este ejército tuvo que fraccionarse para cubrir Estella y La Solana, bajo el mando inmediato de D. Ramón Argonz, llevándose á este fin 10 Batallones y 14 piezas de artillería, sin contar con las seis pertenecientes al Tren de sitio, que se hallaban de antemano en Estella.

Además de los Generales carlistas citados, tomaron parte en las operaciones de que nos estamos ocupando Iturmendi, Cavero, Fortún, Pérula, Maestre, Arbeola y otros.

Mientras tanto, y urgiendo cada vez más al Gobierno liberal romper las líneas carlistas para abastecer y levantar el bloqueo de Pamplona, se concentró entre Olite, Tafalla, Lerín y otros puntos un formidable ejército fuerte de 54 Batallones, dos Regimientos de caballería y 84 cañones; en junto, unos 50.000 hombres, distribuidos en la forma siguiente:

Primer Cuerpo, General	} 20 Batallones. 2 Regimientos de caballería. 16 piezas de montaña.
Moriones.	
Segundo Cuerpo, General	
Primo de Rivera.	
Tercer Cuerpo, General	} 14 Batallones. 6 Escuadrones. 22 piezas de montaña.
Despujol.	

Previo un Consejo de Generales, en que se acordó el plan de campaña que había de seguirse por cada Cuerpo de Ejército, los tres dieron comienzo á las operaciones de la manera que á continuación expresaremos, rogando á nuestros lectores tengan á la vista el croquis que acompaña á este estudio, para la mejor inteligencia de cuanto exponemos.

(1) Este Batallón fué formado con contingentes próximamente iguales y con naturales de las cuatro provincias y otras de aquende el Ebro, con la precisa circunstancia de haber asistido á dos hechos de armas por lo menos. Constaba de 900 hombres.

(2) La 1.^a, sistema Vavasseur, de 6 piezas (Teniente coronel Vélez); la 2.^a, sistema Krupp, de 6 ídem (Coronel Prada); la 3.^a, sistema Woolwich, 8 ídem (Coronel Vera); la de á caballo, Withwort (Comandante García Gutiérrez), y las dos de Montaña (Reyero é Ibarra), y las 6 del Tren de sitio, Vavasseur y Withwort (Córdoba), todas bajo el mando del Coronel Guzmán.

II

Pormenor de las operaciones en los días 31 de Enero y 1 y 2 de Febrero.

El plan acordado por el Consejo mencionado no pudo llevarse á cabo por completo, á causa de las circunstancias, que obligaron á modificarlo. Según dicho acuerdo, el primer Cuerpo, ó sea el del General Moriones, debía desde Tafalla dirigirse por la carretera de Sangüesa, rebasar el ala izquierda carlista, franquear la Sierra del Perdón, caer sobre Astraín, ayudar al tercer Cuerpo, en sus movimientos, y por los montes de Guirguillano apoderarse de Santa Bárbara de Mañeru en combinación con el segundo Cuerpo. Este, ó sea el de Primo de Rivera, debía dirigirse desde Berbinzana y Larraga, por Oteiza, á Monte Esquinza, Cirauqui y los referidos atrincheramientos de Santa Bárbara.

El tercer Cuerpo, Despujol, debía partir de Artajona y dirigirse al centro de la línea carlista, ó sea contra las posiciones de Añorbe, Tirapu y Olcoz, hasta Puente la Reina.

El plan, pues, en resumen, era combatir el centro carlista y destruir las alas, dejando libre el paso á Estella.

El General en jefe carlista Mendiri, previendo el ataque liberal por su izquierda, había dispuesto con antelación que cinco Batallones, á las órdenes de Yoldi y Lerga, se situaran en las posiciones de Unzué y Monreal, para oponerse al paso del Cuerpo de Moriones; que la Brigada Pérula defendiese Obarros con el tercero y sexto de Navarra; que Zalduendo, con otros dos, cubriera Añorbe, y que Cavero se opusiera con los castellanos al enemigo en San Cristóbal de Esquinza, á propuesta del mismo (si bien recibió contraorden después del General Mendiri, por razones que ignoramos, y que funestamente dió lugar á que, encontrándose sin defensa el importantísimo alto de San Cristóbal, se apoderara de Esquinza el Cuerpo del General Primo de Rivera sin disparar un tiro).

Distribuidas así las fuerzas de ambos ejércitos beligerantes, rompió el movimiento el primer Cuerpo; pero como quiera que el de los carlistas fué á consecuencia de los iniciados por el segundo y tercero, comenzaremos por estos últimos.

El General Despujol, cuyo objetivo era Puente la Reina, salió de Artajona con dirección á Tirapu, Olcoz y Añorbe al amanecer del día 2; pero como en estos puntos se hallaba precisamente el grueso del ejército carlista en formidables posiciones, que por necesidad había que batir con artillería de batalla, porque eran defendidas también por artillería, inició el ataque sin el auxilio de este arma, que no pudo franquear el paso á causa de los malos caminos que debía atravesar. Debido á esta circunstancia, el tercer Cuerpo, después de haber desplegado todas sus fuerzas, regresó al punto de partida, no sin haberle hecho frente desde Obanos bizarramente el Brigadier carlista Pérula, con cinco Batallones y algunos más que bajaron de otras posiciones.

El segundo Cuerpo, mientras tanto, saliendo de Larra, emprendió la marcha sobre Oteiza y Monte Esquinza, que se hallaban desguarnecidas de enemigos, de cuyos puntos tomó posesión en la madrugada del 2. Posible es que si los Batallones castellanos, con el Brigadier Cavero, no se hubieran retirado el día 1.º por orden de D. Torcuato Mendiri, para reforzar el centro carlista en vista de las grandes masas del tercer Cuerpo, como hemos dicho, otro hubiera sido el resultado de la operación del segundo. Inmediata-

mente el General Primo de Rivera hizo atrincherar sus fuerzas en Esquinza y mandó avanzar la División Fajardo á Lorca y Lácar, donde entró después de un ligero tiroteo con algunos Batallones que en Lorca situó el General carlista Iturmendi. No pudo disponer de mayor número de fuerzas, pues las que más tarde condujo Argonz no llegaron hasta el anochecer. Esta falta de precaución de los carlistas fué causa de lo que aconteció después, así como la de los liberales el no apoderarse de Murillo (cuya ermita dominaba en



Sitio de Bilbao en 1874.--Alojamiento de Don Carlos, á cinco kilómetros de la villa.

absoluto á Lácar), y dió motivo á la pérdida de la Brigada Bargés, que lo guarnecía. Pero no adelantemos los sucesos.

Por su parte, el primer Cuerpo, cuyo primer objetivo era Astraín, rompió su marcha y llegó á Noáin. Encontró en su camino á las Brigadas carlistas Yoldi y Lerga, que con cuatro Batallones no se creyeron bastante fuertes para resistirle, y que temiendo ser envueltas se replegaron á Biurrún. Pero observando el citado jefe del primer Cuerpo las grandes masas carlistas que de infantería y caballería ocupaban respectivamente la Sierra del Perdón y Astraín, no quiso intentar el paso, acantonándose y pernoctando el 2 con todas sus fuerzas en Noáin, Tajonar y Ondovilla, pues el no haber oído fuego sostenido hacia Añorbe le hizo presumir no era necesario su auxilio al tercer Cuerpo.

Enterado á la caída de la tarde el General en jefe

carlista de los movimientos llevados á cabo por el enemigo, y sospechando fundadamente que los del tercer Cuerpo sólo habían tenido por objeto hacerle concentrar sus fuerzas en el centro abandonando sus alas, y creyendo en inminente peligro á éstas, rebasada su derecha y el enemigo dirigiéndose á Estella, mandó á Argonz que en el acto saliera á cubrir este punto con diez Batallones, pues en su conservación *estaba interesado el honor de las armas carlistas* (1).

Rota, por lo tanto, la línea del Carrascal, y ante la idea de perder la artillería y sobre todo de ser envuelto por los numerosos Batallones liberales que tenía enfrente y casi á retaguardia, ordenó la retirada hacia

(1) Palabras textuales del parte oficial dado por el General Mendiri, que no reproducimos, por haberse insertado íntegro en el núm. 13 de EL ESTANDARTE REAL.

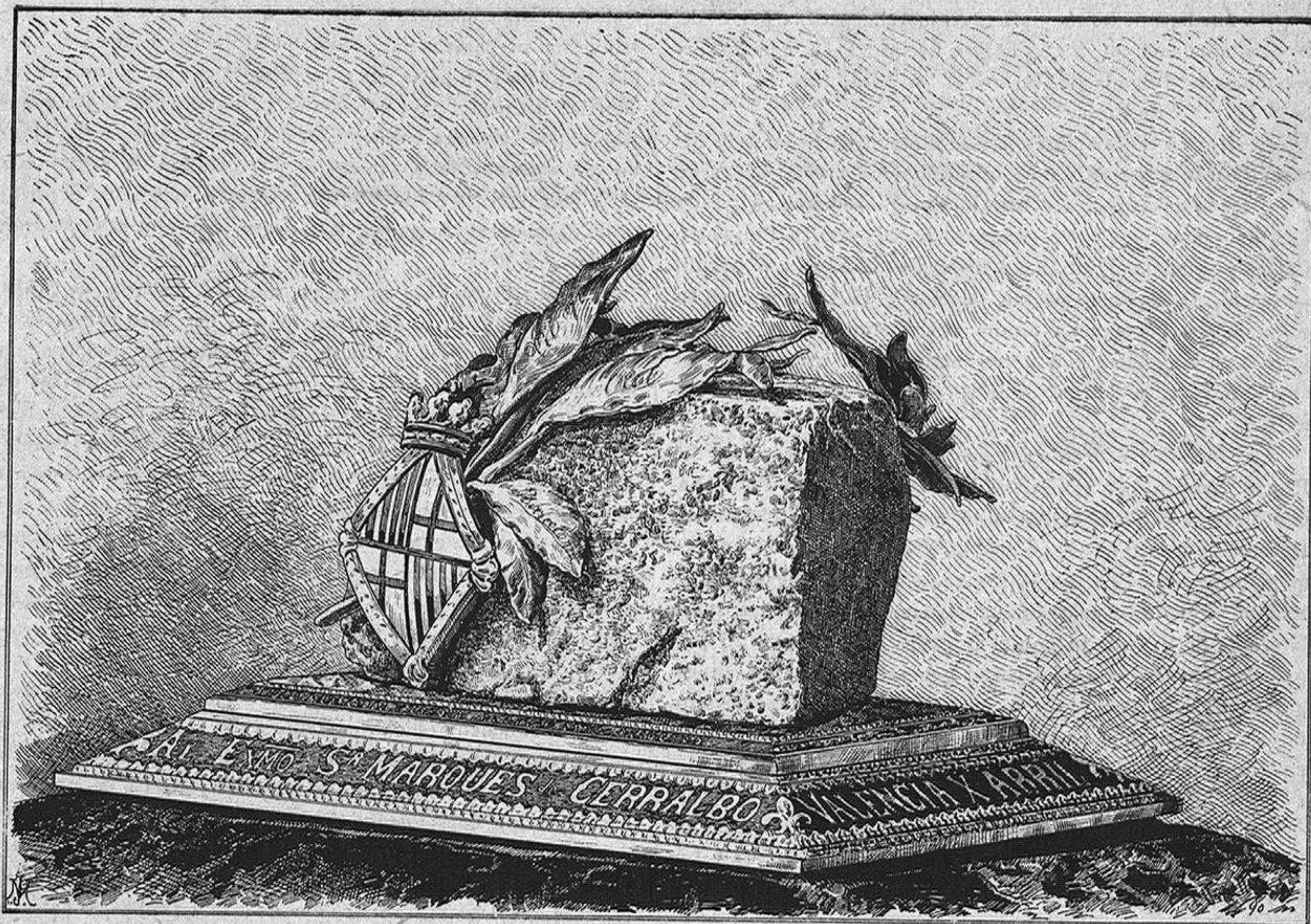
Estella, pernctando con sus fuerzas en Cirauqui y Mañeru.

La Artillería, á las órdenes del Coronel Guzmán emprendió la marcha de noche por Legarda, Astraín, Salinas de Oro y Abárzuza, guiada y escoltada por algunos jinetes de la caballería de Navarra, que, adelantándose, impidieron se volara el puente de Ibero por algunas fuerzas que tenían orden de destruirlo para impedir el paso previsto del primer Cuerpo en su dirección á Estella. De haberse encontrado roto el citado puente, habríase originado la pérdida de la mayor parte de la artillería carlista.

III

Operaciones del día 3.

De intento no hemos querido hablar de la grandísima importancia que en estas operaciones concurrían para ambos ejércitos beligerantes, es á saber: que al frente de ellas hacía sus primeras armas Don Alfonso de Borbón, rey aclamado hacía dos meses por todos los monárquicos liberales, así como Don Carlos de Borbón, R... sostenido entonces por más de ochenta



Trofeo glorioso.—Regalo de D. José Muntadas al Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

mil bayonetas en Cataluña, Valencia, Navarra y las Provincias Vascongadas. Ambos, pues, se hallaban al frente de sus respectivos ejércitos, y pesando los dos, como era debido, en el ánimo de sus respectivos defensores.

El rey de hecho, D. Alfonso, marchaba con el segundo Cuerpo de su ejército, y Don Carlos llegó á Cirauqui con su Cuartel Real, el Ministro de la Guerra D. Joaquín Elío, el Comandante general de Artillería Maestre y otros personajes, poco después de haberlo verificado D. Torcuato Mendiri con el grueso de sus fuerzas. Es de advertir que éstas habían operado su retirada con perfecto orden; pero retratándose en sus curtidos semblantes el despecho y la pena que producir deben en pechos valerosos un vencimiento sin combate. Aun

hubieron algunos voluntarios de proferir frases mal sonantes y apellidar un inmediato combate, para reivindicar el honor de las armas. Por esto no bien se hubo presentado el General en jefe carlista á su Rey, que ya en Montejurra, Dicastillo y Somorrostro había arrostrado en primera fila el peligro de las batallas, le ordenó marchar en busca del enemigo, señalándole como objetivo el pueblo de Lácar.

Inmediatamente Mendiri reunió doce de sus batallones, y seguido de las Brigadas castellana, navarra y alavesa, á cargo respectivamente de Cavero, Pérula, Valluerca é Iturralde, se puso en movimiento por caminos imposibles en las gargantas de Guirguillano, apareciendo al amanecer del 3 á la vista de Lácar.

Mientras tanto, las fuerzas de Argonz forzaron su

marcha á Estella (1), para secundar la embestida á Lácar, y ocuparon Villatuerta, Grocin, Arandigoyen y después Murillo.

Antes de la salida de Argonz había conferenciado con él el jefe de la Artillería que esto escribe, y á propuesta de éste se convino en colocar los ocho cañones de la Batería de á caballo y tercera montada en

(1) *Parte oficial del Comandante general de Navarra don Ramón Argonz al General en jefe.*—Excmo. Sr.: Hallábame de acuerdo con V. E. el día 2 del actual recorriendo las posiciones de Biurrun y Subiza, cuando sobre el medio día recibí un aviso participándome que una columna enemiga, fuerte de 18 á 20.000 hombres, había tomado la dirección de Oteiza, y que inmediatamente me pusiera en marcha para la parte de Estella, añadiéndome que lo habían hecho ya en aquella dirección la 2.^a Brigada de Navarra y los batallones de Guías de S. M. y 1.^o de Rioja.

Al llegar á las inmediaciones de Mañeru encontré á S. M. con el Ministro de la Guerra, manifestándome éste que á la 2.^a Brigada precedían los batallones expresados y el 5.^o de Castilla, conducidos por el Excmo. Sr. General D. Fulgencio Carasa y Brigadier Fontecha, á los cuales alcancé en el pueblo de Irurre. Desde dicho pueblo oficié á V. E. poniendo en su conocimiento que aquella misma noche me situaría con las fuerzas en los puntos más convenientes para hacer frente al enemigo, y aun rechazarlo si intentase atacar la plaza de Estella.

Las fuerzas quedaron acantonadas en esta forma: Guías del Rey en Grocin, con el General Carasa y Brigadier Fontecha, uno de los batallones de Álava en Zurucuain, con el General Iturmendi; el otro en Arandigoyen y Villatuerta, con su Comandante general Fortún; la Brigada Cántabra, que estaba en Estella, ocupó á las cuatro de la mañana las posiciones sobre la ermita de Villatuerta, con el Brigadier Albarrán; la 2.^a Brigada de Navarra, con mi Cuartel general, se situó en Murugarren y Zabal, destinando al pueblo de Abárzuza los Batallones de Clavijo, 5.^o de Álava y 5.^o de Castilla, poniéndome en comunicación con el General Iturmendi, que se hallaba en Zurucuain.

El enemigo había ocupado desde la mañana la altura de San Cristóbal, la villa de Oteiza y los pueblos de Lorca y Lácar, cuya circunstancia me obligó á ejecutar la marcha que dejo expresada, con algún rodeo y precaución.

A luego de mi llegada á Murugarren, dirigí una comunicación al Brigadier Landa, Gobernador militar de Estella, para que el Sr. Coronel de Artillería D. Antonio Brea se situara para el amanecer del día siguiente con 6 piezas de grueso calibre en la altura de Zurucuain, llamada Apálar, advirtiéndole que se presentara antes á recibir mis órdenes, como lo verificó con la debida puntualidad, y á los Batallones 5.^o de Álava y 5.^o de Castilla se situaran en dicha altura, en apoyo de la Artillería.

A la una de la tarde di orden para que la 2.^a Brigada de Navarra, al mando del Brigadier D. Miguel Arbeloa y el batallón de Guías del Rey pasaran á situarse en el pueblo de Murillo; que los batallones Clavijo, 5.^o de Álava y 5.^o de Castilla, con el general Carasa y Brigadier Fontecha, siguieran el mismo movimiento, formando columna de reserva; yo, con mi Estado Mayor, me dirigí á Arandigoyen á conferenciar con el General Iturmendi, que con las Brigadas Cántabra y 2.^a de Álava debía hacer igual concentración en el último pueblo; V. E. había dispuesto ya de los 4 escuadrones de caballería que se hallaban en Arizola, según me manifestó su jefe el Comandante D. Juan Ortigosa.

el promedio de la carretera de Estella á Lorca, en el puente de Muniaín, cuyo camino faldea, como es sabido Monte Esquinza, prontos á acudir, bajo sus inmediatas órdenes, donde sus fuegos fueran necesarios. En una de las estribaciones del monte Apálar quedaron otros seis cañones del tren de sitio, para en un caso desgraciado batir las avenidas de Estella, cuyas orde-

De regreso al pueblo de Murillo, recibí el aviso de V. E. sobre el próximo ataque del pueblo de Lácar, ordenándome dispusiera las fuerzas de modo que unas secundasen el ataque por la parte sur de dicho pueblo, reservando las otras para hacer frente á los enemigos que desde Oteiza, Lorca y alturas próximas á San Cristóbal, pudieran venir en socorro de los atacados. Inmediatamente dispuse que las fuerzas indicadas estuviesen preparadas para acometer al enemigo hasta el pueblo de Lácar y su parte sur á la primera señal, y ordené al General Iturmendi para que con el 4.^o batallón de Álava avanzase por la carretera en dirección del pueblo de Lorca, dejando como reserva de la derecha al 3.^{er} batallón de Álava con el Brigadier Fortún y la Brigada Albarrán, ocupando el puente de Muniaín el Brigadier Zaratiegui, con el 3.^{er} escuadrón de Navarra.

En esta disposición se oyeron algunos disparos de cañón y fusilería en la parte de Alloz, lo que me hizo comprender que V. E. comenzaba la batalla. En seguida se pusieron en movimiento á la carrera á los puntos indicados las fuerzas de que llevo hecha mención, organizándose sobre la marcha tres columnas paralelas con sus correspondientes reservas, desplegando la primera, ó sea la 2.^a Brigada de Navarra, sobre el flanco izquierdo, el batallón Guías de S. M. por el centro y el 4.^o batallón de Álava con el General Iturmendi sobre el flanco derecho. Acto continuo se generalizó el fuego en toda la línea, contribuyendo no poco la 2.^a Brigada de Navarra, al mando de su Brigadier Arbeloa, por su movimiento envolvente; á arrojar al enemigo en el pueblo de Lácar, no siendo menor el mérito contraído por el batallón Guías de S. M. y 4.^o de Álava, que no solamente hicieron frente á las fuerzas que iban llegando por la parte de Oteiza, sino que las desalojaron de cuantas posiciones tomaron, causándoles pérdidas de la mayor consideración, consiguiendo el éxito más completo y favorable.

La artillería, á las órdenes del Coronel Brea, siguió el movimiento de las columnas de ataque, y situándose en un punto conveniente, hizo tan nutrido y certero fuego sobre las baterías enemigas, que consiguió apagar los de éstas, contribuyendo eficazmente al buen éxito de la batalla.

Mientras las fuerzas que llevo enunciadas cooperaban tan activamente á este memorable hecho de armas, se hallaban de reserva y dispuestos á acudir donde conviniera los Batallones 3.^o y 5.^o de Álava, 5.^o de Castilla, 1.^o de Rioja y Brigada Cántabra, al mando del General Carasa y Brigadieres Fortún y Fontecha.

La oscuridad impidió continuar el combate, y de acuerdo con V. E. se dispuso que nuestras fuerzas se replugaran á los pueblos inmediatos.

V. E., que inició el ataque, comprenderá mejor que nadie la oportunidad con que todas las fuerzas de mi mando concurrieron á la línea de batalla, y de sus grandes resultados deducirá que el comportamiento de todos los señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa fué digno y heroico.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. para su satisfacción y efectos consiguientes.—El General Ramón Argonz.—Dios guarde á V. E. muchos años.

Muez 15 de Febrero de 1875.—Excmo. Sr.: Torcuato Mendiri.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, D. Joaquín Elío.

nes se comunicaron á su jefe el Coronel Córdova, debiendo consumir en este servicio hasta su último cartucho.

Llegó el día 3 de Febrero. Al amanecer, el tercer Cuerpo del ejército liberal emprendió su marcha desde Artajona, y no encontrando resistencia, por haber abandonado su línea los carlistas, llegó sin novedad á Puente la Reina, donde se alojó.

El primer Cuerpo, no viendo ya enemigos en Perdon ni Astraín, bajó también á Puente, donde, reunido con el tercer Cuerpo, debían auxiliar al segundo en su ataque á las fuertes posiciones de Artazu y Santa Bárbara de Mañeru, guarnecidas por masas enemigas en crecido número,

No se escondían al General Primo de Rivera ni al General Fajardo, jefe de las fuerzas que ocuparon Lorca y Lácar, la importancia de este último punto, así es que por su orden se atrincheraron los Batallones del Brigadier Bargés, colocándose por éste las avanzadas que en tales casos se acostumbran, así como la prevención de que en el de ataque se defendieran de las casas, puestas en el mejor estado posible de defensa.

Es un error, pues, muy generalizado el suponer que la embestida de los carlistas á Lácar fué una verdadera sorpresa para sus defensores. Fué, sí, una funesta equivocación en nuestro sentir, pues que creyendo ser las fuerzas del primer Cuerpo las que se acercaban, hasta momentos antes del rudo ataque de los carlistas, claro es que realmente no pudieron extremar su defensa los Batallones de la Brigada Bargés.

Remitiéndonos, por lo que respecta al ataque, á cuanto dicen en sus partes oficiales los Generales carlistas Mendiri y Argonz, nos limitaremos á dar una idea de lo ocurrido en Lácar, relatando someramente cuanto se halla consignado en las narraciones oficiales citadas y en las expresadas en la sumaria que más adelante se formó para aclarar los sucesos (1).

A las tres y media próximamente, y divididos en cuatro columnas, dieron vista los Batallones carlistas al pueblo de Lácar. A esta hora hallábase el Brigadier Bargés en las afueras del pueblo, con algunos Jefes de su Brigada, y suponiendo desde luego enemigas las fuerzas que se acercaban, dispuso se rompiera sobre ellas el fuego de cañón, como así se verificó. Algunas granadas, pues, cayeron en medio de las columnas de ataque, que sin perder su correcta formación en hileras de á cuatro siguieron avanzando con imperturbable sangre fría. Este fué sin duda el motivo principal que hizo pensar á los defensores de Lácar si los que avanzaban pudieran ser parte de los Batallones del General Moriones, pues que traían el mismo camino por el que esperaba el ejército liberal que apareciera el Comandante en jefe del primer Cuerpo. Tal duda debió convertirse en certeza breves instantes después, cuando en el momento mismo sonó el toque de alto

el fuego y las voces de «son de los nuestros, no tirar». Los defensores de Lácar, que se hallaban en las casas por precaución, salieron de ellas en tropel, si bien con las armas en la mano, según era costumbre antigua en el ejército liberal.

Cuando las columnas de ataque de los carlistas se lanzaron á la bayoneta y á la carrera con irresistible empuje, fué de ver el intenso pánico que se apoderó de los Batallones de Asturias y Valencia. No se comprende ciertamente el no haber visto destacarse las encarnadas boinas de los navarros entre las azules de los vascongados. Media hora próximamente duró la potente arremetida de los Batallones castellanos, alaveses y navarros, protegidos por la Batería de montaña y la Caballería carlista, que, sable en mano, se lanzaba por los claros que iba abriendo la Infantería.

Ni el valor de algunos pocos soldados liberales, ni el de su valiente Jefe el Brigadier Bargés, que á todo trance procuraba contener la dispersión de sus fuerzas, ni la heroica defensa de las piezas, hecha por los Jefes y Oficiales de la batería (cuyo Capitán Navarro fué acuchillado al pie de aquéllas), fué bastante para detener el empuje valeroso de los unos y la ciega carrera hacia Lorca, de los otros.

Viéndose los liberales cercados por los tres frentes del pueblo, intentaron dirigirse al único libre á su parecer, es decir, al Sur, en dirección á Murillo; pero en breve retrocedieron y se dispersaron por todas partes, pues en aquélla veían adelantarse también hacia ellos á la bayoneta la 2.^a Brigada de Navarra y el batallón de Guías del Rey, que por orden de Argonz debían completar y completaron el cerco de Lácar.

Prevenido el General jefe de la División, Fajardo, de cuanto acontecía, por un ayudante del Brigadier Bergés, montó á caballo, y ordenando le siguiera la Brigada Viérgol, acantonada con él en Lorca, salió rápidamente para Lácar. Su sorpresa fué inmensa, pues en el brevísimo espacio de tiempo transcurrido vió llegar y rebasarle á las dispersas fuerzas de la brigada, y al mismo Brigadier, herido, pero persiguiendo bravamente á sus oficiales y soldados, para que volvieran cara al enemigo. Intento imposible. Nada hay que en la guerra sea bastante para evitar el pánico, cuando éste se apodera del ánimo de las masas; gracias que basten algunas veces los intentos para prevenirlos.

Solos, ó casi solos, en el camino, rodeados de pocos, pero valerosos, Jefes y Oficiales, que al fin eran españoles, viéronse forzados á ampararse de Lorca al abrigo de los batallones de Viérgol, perseguidos bravamente por el 6.^o de Navarra, que entró revuelto con ellos en el pueblo; aquel Brigadier vió asimismo desbandarse sus fuerzas, ante el funesto ejemplo de los de Lácar, y entonces el bizarro General Fajardo decidió hacerse fuerte en Lorca, con escasas dos ó tres compañías que de su división pudo reunir.

Mientras tanto, las fuerzas de Argonz pensaron completar la victoria acabando con la División que suponían en Lorca, auxiliada por algunos batallones que el General del segundo Cuerpo destacó desde Monte Esquinza en auxilio de su comprometida vanguardia.

(1) Como son los partes oficiales de los Generales de los tres Cuerpos de ejército, y lo contenido en la *Narración de la guerra*, por el Estado Mayor, y la *Historia*, de Pirala.

Y como quiera que el que esto escribe abundaba en los mismos pensamientos que su General, hizo adelantar al trote las Baterías García Gutiérrez y Ortigosa, desplegándolas á derecha é izquierda de la carretera de Estella á Puente, protegidas por los dos Batallones alaveses del Brigadier Fortún. Roto el fuego vivamente sobre Lorca, ó mejor dicho, sobre las casas, por no verse los enemigos, á medio tiro de cañón, claro es que el efecto que debió causar en los desbandados Batallones liberales debió ser grandísimo; pero como la noche se echó encima, hubo que suspender el fuego, no sin antes dispersar á algunas nutridas masas de caballería, cuyos banderines viéronse ondear y retirarse á la carrera detrás de las casas y en dirección de Monte Esquinza.

Durante este intervalo, el batallón de Guías del Rey, que como tal unidad orgánica no había tenido aún ocasión de batirse, lanzóse á las alturas del Esquinza, con el fin de completar la victoria, precedido por su Coronel D. Carlos Calderón, escalando, si así puede decirse, las tortuosas veredas que se dirigían á la cima. Al poco rato parecía arder ésta con los repetidísimos disparos que se cruzaban entre los que defendían la posesión de la meseta y los bizarros Guías del Rey. Una vez y otra vez fueron rechazados éstos, y otra vez y otra se cruzaron las bayonetas entre los bravos defensores liberales (Batallón de reserva de Cáceres) y los impetuosos Guías del Rey. ¡Llor á sus arrojados Jefes Calderón y Mediavilla, por su valor legendario! Sin embargo, habiendo acudido más fuerzas en auxilio de Cáceres, no pudieron menos de retirarse los carlistas, sin ser hostilizados por sus contrarios: tal fué la tenacidad y valor de éstos.

El resultado del ataque de Lácar fué la destrucción total de una División y la pérdida para los liberales de tres cañones, cuatro cureñas, muchas cajas de municiones de cañón y fusil, 88 muertos, 300 heridos, 52 contusos, 136 prisioneros y 452 extraviados, amén de 2.000 fusiles (1). Las pérdidas de los carlistas fueron, según partes oficiales, 30 muertos y 200 heridos.

No habiendo recibido orden en contrario, antes bien pensando las fuerzas de Argonz que debían extremar el ataque á Lorca, volvieron á emplazarse las Baterías, á fin de preparar la arremetida de la infantería, á eso de las ocho y media de la noche; pero el toque de «alto el fuego, á retirarse á Estella», se oyó á espaldas de las fuerzas mencionadas. Y como quiera que quien esto dispuso era el General en jefe carlista, que en aquel momento cruzaba por la carretera, mohinos y cabizbajos volvieron á enganchar sus piezas los artilleros y la infantería á retirarse, no sin antes haber asegurado al General Mendiri las fundadísimas esperanzas que podían abrigarse de castigar y aun de destruir Lorca, con las escasas fuerzas que allí se albergaban.

Hemos terminado la narración de los memorables combates de la línea del Carrascal en 1875, con la ve-

(1) El General Mendiri asegura en su parte oficial que los prisioneros fueron 300 y los muertos 800. El lector escogerá.

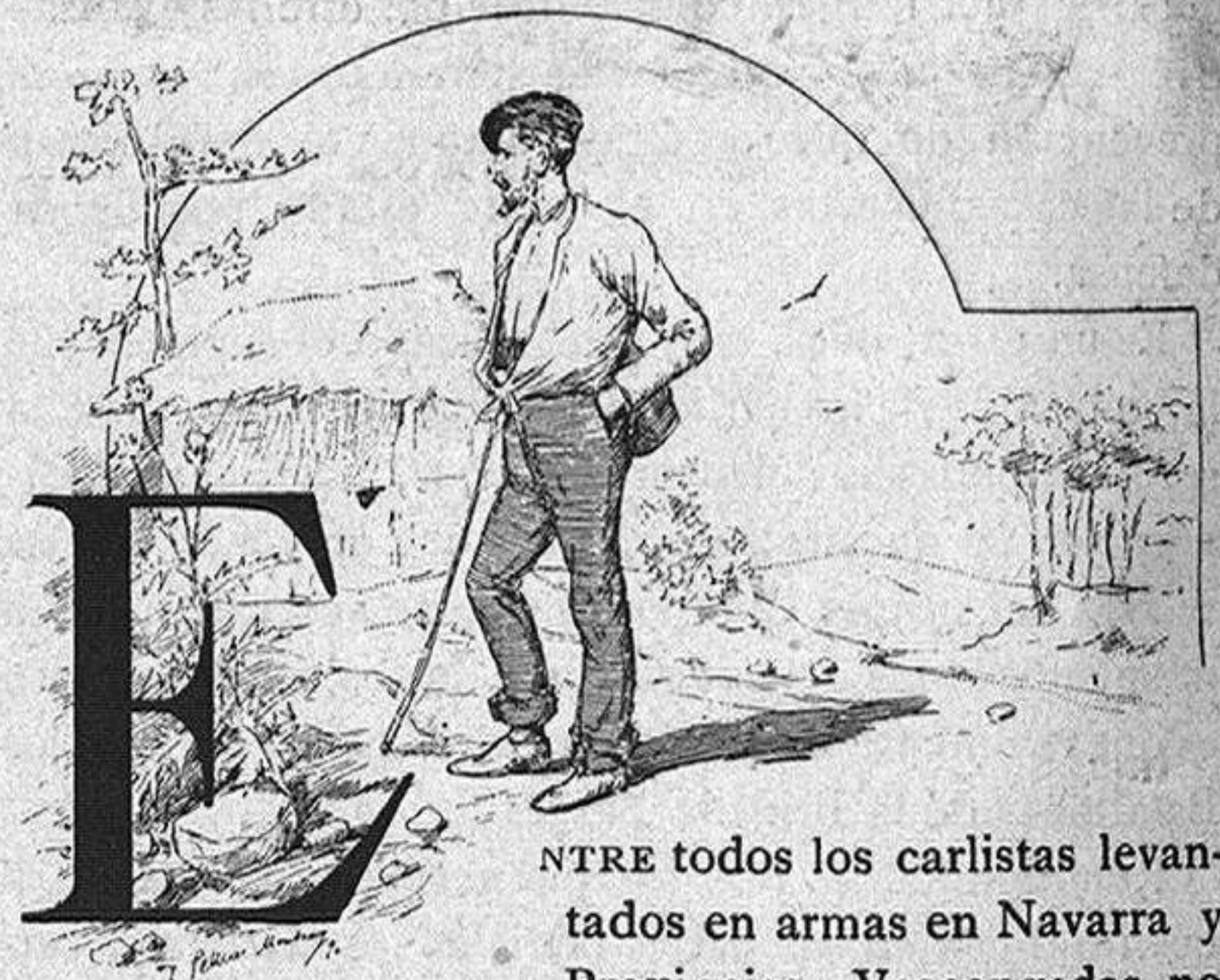
racidad que hemos podido adquirir cotejando las reseñas y documentos oficiales de uno y otro campo, así como lo que hemos podido recordar en los hechos, donde alguna parte tomamos. Empero, para que este trabajo histórico-militar fuera más completo, no se nos esconde que debíamos deducir de las operaciones las que lógicamente se desprenden del relato; pero como no nos creemos con autoridad militar suficiente, no queremos se nos tache de inmodestos. Únicamente apuntaremos que, de haberse aprovechado cada cual de los errores ajenos, seguramente la trascendencia del resultado hubiera sido de mayor importancia de lo que fué.

ANTONIO BREA.

Madrid, Junio de 1890.

EL GENERAL SIMÓN

EPISODIO DE LA TERCERA GUERRA CIVIL

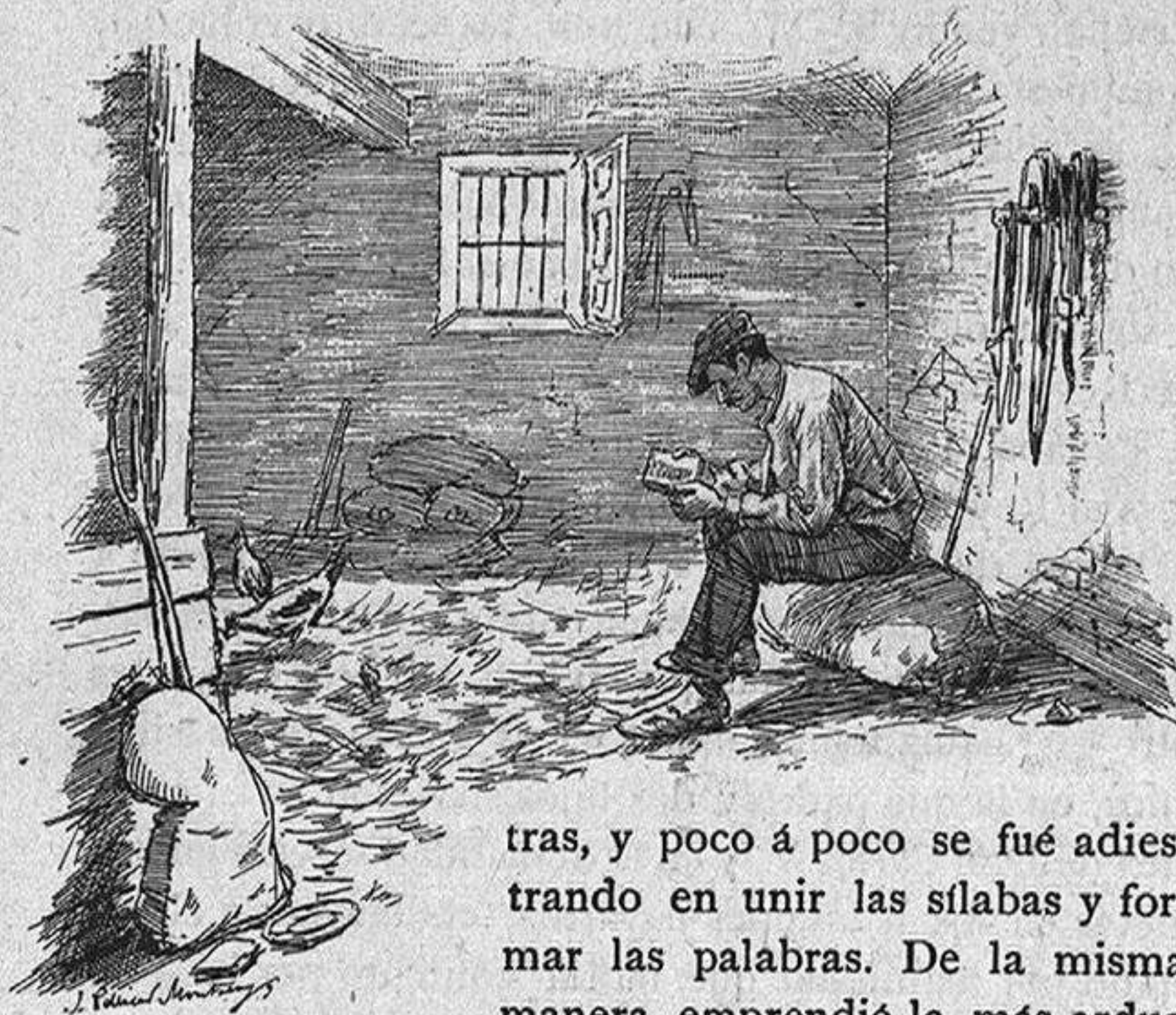


ENTRE todos los carlistas levantados en armas en Navarra y Provincias Vascongadas no hay nombre más popular que el del *general* Simón. Sin ser gentilhomme, encuentra abiertas á toda hora las puertas de la morada de Don Carlos; sin ostentar en su pecho cruces ni condecoraciones, es admitido á libre plática por todos los generales; y sin ejercer autoridad ni funciones de mando, es obedecido por todos los alcaldes. Simón es el jefe de los confidentes carlistas, y á esta cualidad debe el sobrenombre de *general* con que le apellidan. Todo el mundo, al inquirir su paradero, pregunta por el *general* Simón.

No hay comisión arriesgada, ni negocio apremiante, ni viaje peligroso, en que no haya intervenido como auxiliar ó como principal agente. Lo mismo sabe embarcarse para Inglaterra á gestionar la compra de armamento, que recorrer las provincias de España aparentando interesarse en el negocio de lanas ó figurando ser tratante en caballos. Muchas veces se ha visto en peligro de ser descubierto por el enemigo, que con sólo proceder al registro de los papeles de que era portador le hubiera condenado á una muerte inevitable; pero en todas ellas le han sacado adelante su astucia y serenidad.

Simón es todo un tipo de la raza euskara, el verdadero hijo de las montañas. Entró á servir de muy joven en una de las principales casas de su pueblo natal, por cuya razón se vió privado de la enseñanza de

las primeras letras. Para suplir esta falta se dedicó á aprenderlas por sí mismo en una cartilla que al efecto le proporcionaron los hijos de la casa. Todas las horas del descanso eran destinadas por él á descifrar los caracteres, encerrado á solas en el establo de los ganados. Alguna alma caritativa le enseñó á juntar las le-



tras, y poco á poco se fué adiestrando en unir las sílabas y formar las palabras. De la misma manera emprendió la más ardua tarea de la escritura, y aunque con trabajo, realizó el difícil problema de aprender á leer y escribir sin maestro.

Sus hábitos de laboriosidad y su genio emprendedor le llevaron, ya mozo, á la explotación de los ramos de la riqueza forestal, contratando cortas de árboles, unas veces para convertirlos en carbón, y otras para extraer madera y tablajería. También llegó á tomar parte en la explanación de carreteras y desmontes de ferrocarriles. Los primeros preparativos de campaña le sorprendieron ya dueño de una pequeña fortuna y con esperanzas de un regular porvenir, y fortuna y porvenir fueron sacrificados por él en aras de su ideal político. Simón antes que todo es carlista, y carlista de abnegación y lealtad á toda prueba.

Concedor de todas las veredas y montes que pueblan las escabrosas comarcas del Norte, prestó grandes servicios mucho antes de que la conspiración se convirtiera en movimiento armado, ya dirigiendo la introducción de los efectos de guerra, ya conduciendo jefes por caminos ignorados, ya, en fin, en los demás preparativos precursores de toda sublevación. Fué, por decirlo así, el brazo derecho de los trabajos preliminares.

Poco después del descalabro de Oroquieta era portador de instrucciones dirigidas desde la frontera á las escasas fuerzas que vagaban por las Amezcuas. Un destacamento liberal le sorprende en el pueblo de Salinas de Oro y lo reduce á prisión como sospechoso.

—¿A dónde vas y cuál es el objeto de tu viaje?—le pregunta el jefe de la fuerza.

—A mi pueblo y á reunirme con mi familia, contesta Simón con la mayor naturalidad.

—Saca los documentos que llevas.

—No llevo papeles de ninguna clase.

Y era verdad lo que decía Simón, porque verificado el registro no se encontró otra cosa que un pañuelo blanco de seda, todavía sin usar, cuya calidad pareció sospechosa al jefe.

—¿Y este pañuelo?—le dijo acentuando sus suspicacia.

—Lo he encontrado en el camino,—contestó Simón.

—Tú eres espía de los carlistas; dime la verdad.



—Soy un vecino pacífico y no me ocupo más que en mis asuntos.

No satisfecho el jefe con las explicaciones, manda traer un barreño de agua y empapa en ella el pañuelo. Desdoblándolo á la luz del sol, ve aparecer en claros caracteres las instrucciones encomendadas á Simón (1).

Al momento es encerrado en un calabozo, y antes de dos horas le notifican que va á ser fusilado en la mañana siguiente.

Simón se preparó á morir como un buen cristiano, siendo tal su conformidad, que, según le hemos oído decir al referir este percance, «hubiera hecho una muerte envidiable».

Media hora antes de ser conducido al trance supremo, se le presenta uno de los ayudantes del general enemigo á interrogarle sobre la interceptada confidencia.

—¿Quién te ha entregado el pañuelo—le dice,—y á quién iba destinado?

—Nadie. Lo encontré ayer al atravesar la carretera—contesta el sentenciado.

—Piensa en lo que dices, porque una declaración ingenua podría acaso variar tu suerte.

—No me oirá V. decir más que lo que llevo manifestado.

—No te obstines en una negativa imprudente. Sabemos que eres confidente carlista. ¿Cuánto te ha valido esta comisión tan arriesgada?

Simón se para á examinar la fisonomía del ayudante, y reconoce en él á una persona á quien en tiempo no lejano, había prestado un servicio de importancia.

—Lo que me valió—contesta,—haber salvado á V. y á su general de la persecución que tenían encima, proporcionándoles el paso á Francia por Alduides, después de haberles dado albergue en mi cabaña.

—¿Tú eres el guía que nos condujo á la frontera?—pregunta admirado el ayudante.

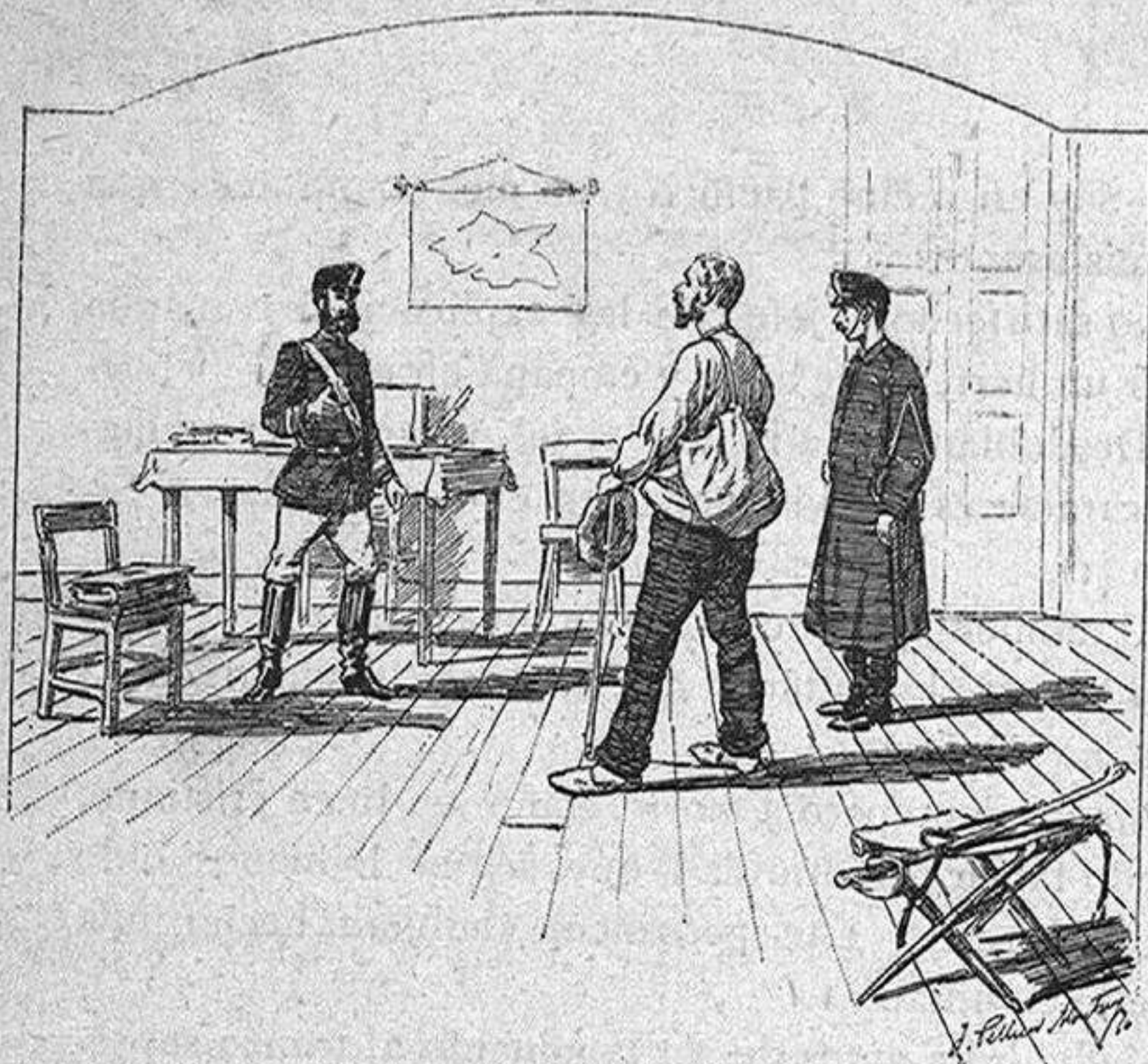
—Y quien agotó sus provisiones para prepararles el

(1) Histórico.

almuerzo—replica Simón con el acento de un hombre resignado á la muerte.

Esta coincidencia casual le salvó la vida. El ayudante y su general habían sido efectivamente salvados por Simón en uno de esos alzamientos políticos frustrados que precedieron á la caída de la dinastía. Perseguidos de cerca por las tropas del Gobierno, se refugiaron en la cabaña de Simón, que había contratado una corta de árboles cerca de la frontera, y con su auxilio pudieron ponerse á salvo. El general, hoy uno de los de mayor renombre en el ejército liberal, ocupaba entonces una graduación inferior en el escalafón de la milicia.

Toda buena acción dicen tiene su recompensa, y esta de Simón la tuvo generosa y amplia. Condujo el ayudante al sentenciado confidente á presencia del



general, que se hallaba á corta distancia, en Abárzuza, y reconociendo éste al antiguo protector, le dió una gratificación y un salvoconducto para que no le molestaran las avanzadas.

La vida del *general* Simón está sembrada de aventuras de este género, cuya relación bastaría á llenar las páginas de un libro. En todas ellas resalta la abnegación, la fidelidad y el peligro. Hay sobre todo una, revestida de tales incidentes y de rasgos tan ingeniosos puestos en juego para librarse de uno de sus trances más críticos, que su relato haría reír aun á los lectores más serios. Pero va acompañada de detalles que no son para estampados en letras de imprenta. Hay cosas que sólo pueden decirse de silla á silla.—E.



LAS DOS MAJESTADES

EN el número 2, folio 27, de EL ESTANDARTE REAL aparece un episodio de la última guerra carlista, por D. Joaquín Llorens, cuyo título es «Muerte de un Veterano», y se dice ocurrido en el mes de Noviembre de 1873, en la carretera de Los Arcos á Estella, yendo S. M. con una respetable columna, compuesta de infantería, caballería y artillería, donde se relata que, encontrándose la fuerza con el Santo Viático, que en dirección opuesta iba á visitar á un desgraciado enfermo, se colocó el Rey tras S. D. M., y siguiéndole toda la columna, fué escoltando al Rey de Reyes hasta una miserable borda donde el enfermo se hallaba. Terminada la augusta ceremonia, se interesa el Rey por el enfermo y familia, dirigiendo á éste palabras de consuelo y resignación, y socorriendo á aquélla con mano pródiga, se entera por el desgraciado de que no tiene más que un hijo, allí presente, pues otro que había tenido murió en la guerra de los siete años, en la que padre y dos hijos sirvieron en el ejército de Don Carlos V, y en la actualidad servían cuatro nietos en los batallones navarros; concluyendo el anciano por manifestar que moría contento por haberle Dios deparado ocasión de besar la mano del Rey, como lo había hecho con la de su augusto abuelo, y la muerte le servía de puerta para reunirse con su hijo y con otro nieto que había fallecido en la acción de Mañeru, y concluye por decir que S. M. y jefes que le rodeaban la cama se emocionaron vivamente con aquella escena y resbalaron en sus curtidos rostros lágrimas que demostraban la bondad de sus corazones.

Al leer el episodio referido, recordamos una escena muy parecida que también durante la última guerra ocurrió á Don Carlos VII en la pequeña anteiglesia de Yurreta, en el M. L. Señorío de Vizcaya, y con el objeto de tener detalles, acudimos á la casería (casa de labranza) en que tuvo lugar, y en ella nos le refirió don José Manuel de Zabaleta, del modo siguiente:

«A los pocos días de que los carlistas tomaran la villa de Portugalete, salió el Rey de paseo, desde Durango, donde tenía su Cuartel Real, hacia esta anteiglesia, acompañado de su escuadrón de caballería y dos ayudantes, de los que sólo conocí á D. José M.^a de Orbe, hijo del general Marqués de Valde-Espina. Al llegar en el camino real al punto frente á la casería de Ercilbengoa, se encontró el Rey con S. D. M., que el sacerdote D. Esteban de Imaz traía á mi padre á esta casería de Arauzamendi, y colocándose inmediatamente, seguido de sus dos ayudantes, á retaguardia del Rey de Reyes, mandó que la escolta le siguiera á una distancia de 20 á 30 pasos. Así custodiado llegó el Santo Viático á esta casería, donde también penetraron el Rey y sus dos ayudantes, dejando sus caballos en la puerta, y el escuadrón, fomando columna, desde el camino real á esta casería. Arrodillados Don Carlos y sus ayudantes conmigo y mi familia alrededor del lecho de mi moribundo padre, recibió éste á S. D. M., y terminado aquel tan solemne acto, quiso el Rey enterarse de nuestras necesidades para socorrerlas, á cuyo fin

mandó á su ayudante D. José María de Orbe que nos preguntara en vascoencence si nos hacía falta alguna cosa, y sabiendo por éste que si nada nos sobraba nada tampoco de lo necesario faltaba en nuestra pobre casa, y menos entonces que hasta el Rey tomaba parte en nuestras penas, se dirigió á mi padre y quiso enterarse del estado de su salud, enfermedad que padecía y otros detalles, entre los que, contestando á preguntas de S. M., le dijo mi padre que había servido á D. Fernando VII, durante cuatro años, en la guerra de la Independencia; que yo serví á su augusto abuelo en la de los siete años, y entonces tenía cuatro nietos (hijos míos) sirviendo á S. M., quien en frases que dirigió al sacerdote demostró la viva emoción que la escena aquella le produjo. Después se enteró por mí el Rey de las fuerzas donde servían mis hijos José, Miguel, Ascensio y Julián, y saliendo de la casería, montó á caballo y, siguiéndole los ayudantes y escolta, volvió á Durango. A los pocos días murió mi padre, que como yo se llamaba José Manuel, á la edad de setenta y nueve años.»

Aquí concluyó su relato el hoy anciano José Manuel de Zabaleta, y sólo hemos nosotros de añadir que el caserío de Arauzamendi se halla á media legua, poco más, de la villa de Durango, á unos cien pasos á la derecha de la carretera de dicha villa á la de Guernica; que Ercibengoa también está á la derecha de la misma carretera y pegante á ella, á mitad de camino próximamente, ó sea á unos quince minutos de Durango, y que en Yurreta y pueblos de su importancia en el Señorío sólo se lleva una forma para administrar el Viático á los enfermos, de modo que, administrado éste, no había motivo ninguno en la escena que se relata que impidiera el que hablaran todos los á ella asistentes, incluso el sacerdote Sr. Imaz, ya finado, que por cierto hizo también la guerra de los siete años, y que el otro ayudante que acompañaba al Rey, según las señas que Zabaleta daba, debía ser el Sr. de Suelves, Marqués de Tamarit.

Por lo relatado, que guarda suma analogía con lo que publicó hace meses EL ESTANDARTE REAL, se admira una vez más al augusto Jefe de nuestra Comunidad, honrándose públicamente al agasajar al Señor de Señores, ó sea á la majestad de la tierra, doblegando su rodilla ante la Majestad de los Cielos.

X.

CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación.)

54.—Cuadro de terciopelo negro con esmalte, conteniendo una cruz de San Fernando de primera clase con pasador de oro, debajo de la cual se encuentra grabada en placa de oro la siguiente inscripción: «Cruz de San Fernando que llevaba el general Don Jaime Ortega, fusilado en Tortosa el 18 de

abril de 1860, por haber intentado proclamar al frente de las tropas al R... legítimo Don Carlos VI.»

55.—Sable de campaña de S... el R... Don Carlos VII, de hoja curva y empuñadura de bronce en forma de flor de lis, usado en la campaña de 1873 á 1876; en la hoja están inscritas, grabadas en oro, las batallas en las que S... el R... la ha llevado, cuyos nombres son: «Estella, Dicastillo, Montejurra, Somorrostro, Deusto, Biurrun, Narasvain, Lácar, Ibero, Allo, Viana, Portugaleta, San Pedro Abanto, Hernani, Carrascal y Oyarzun.»

56.—Sable de hoja recta con empuñadura en forma de gavilanes, usado por S... el R... Don Carlos VII en la campaña del Norte de 1873 á 1876.

57.—Espada de hoja recta, damasquinada en oro, usada por S... el R... Don Carlos V en la campaña de 1833 á 1839.

58.—Sable de hoja curva con empuñadura de marfil usado por el mariscal de campo Sr. Ulibarri, en el alzamiento de voluntarios de las provincias Vascaas en 1872, y llevado hasta el día que murió gloriosamente á consecuencia de las heridas recibidas en la acción de Oñate (Guipúzcoa).

59 y 60.—Espadas de hoja curva, fabricadas en Toledo, con empuñaduras forma de flor de lis, facsímiles de otras dos regaladas por S... el R... Don Carlos VII á dos generales durante la campaña de 1873 á 1876, en recompensa de los servicios prestados, el uno en el ejército real del Norte, el otro en el de Cataluña.

61.—Espada de hoja recta, encontrada abandonada en el campo de batalla de Lácar, perteneciente al brigadier Viérgol, del ejército enemigo batido por las tropas reales en aquella memorable jornada.

62.—Bastón de mando de caña de Indias, en color claro, con puño, contera y borlas de oro, usado por S... el R... Don Carlos VII, durante la campaña de 1873 á 1876.

63 y 64.—Revólveres de cañones rayados, de fabricación americana (Estados Unidos), usados por S... el R... Don Carlos VII en la campaña de 1873 á 1876.

65 y 66.—Revólveres comprados en Bukarest (Rumanía), de cañones rayados damasquinados en oro, usados por S... el R... Don Carlos VII en la campaña de Bulgaria en 1877.

67 y 68.—Pistolas de cañones rayados, usadas por S... el R... Don Carlos V en la campaña de 1833 á 1839.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Gastador del batallón de zuavos carlistas.

(Gran lámina suelta.)

La magistral lámina del Sr. Talarn trae á la memoria los tiempos y los héroes del 73.

Recuérdanos los venturosos días en que las esperanzas más halagüeñas de un próximo triunfo sonreían á los carlistas todos, que paso á paso supieron conquistar con su esfuerzo y valor posiciones que con tesón digno de mejor causa sostenían las liberales huestes.

Y el marcial y apuesto continente del zuavo catalán trasladan nuestra imaginación á los campos de batalla en que se batieron con nobilísimo empuje, en Cataluña y en el Centro, los legendarios guerreros que acaudillaba el hermano del R...

Sin fin fueron las proezas acometidas y felizmente realizadas por el batallón de zuavos, modelo de disciplina y de valor, de sufrimiento y de lealtad.

Al amparo de su bandera, murieron á cientos los soldados de ese distinguido Cuerpo; mas cubriáanse las bajas, ya por jóvenes españoles que ansiaban emular las hazañas de sus hermanos fenecidos, ya por hijos de familias extranjeras que tenían á gran gloria que sus allegados defendiesen con las armas la causa de la Religión y del Trono, dondequiera que hubiese quien levantara enseña contra esos dos venerandos símbolos de grandeza y de felicidad.

Loor eterno á los que, fieles á su consigna, supieron cual el comandante Wils, en el ataque á Igualada, en julio de 1873, morir abrazados al estandarte del batallón, clamando con él, que «adonde iba la bandera iban los zuavos».

Don Manuel M.^a Echarri.

(Pág. 225.)

Véase el escrito de este epígrafe, y que lo firma D. Francisco M. Melgar.

El general D. Ramón Argonz.

(Pág. 228.)

Tomó parte notabilísima en las operaciones del Carrascal, como podrán ver los que con detención lean el notabilísimo trabajo de nuestro colaborador D. Antonio Brea, y le hemos juzgado, por tanto, acreedor á honrar las páginas del presente número, rindiendo así un pequeño tributo de cariño y veneración á otro de los innumerables mártires de nuestra Causa religioso-política.

Croquis de las operaciones del Carrascal.

(Pág. 229.)

Facilita el estudio de las mismas, que tan feliz desenlace tuvieron en Lácár, gracias á la energía desplegada por Don Carlos, que oponiéndose al consejo de sus generales, que juzgaban temeraria la empresa de acometer al enemigo, ordenó el ataque y conquistó para sus huestes uno de los triunfos más señalados, y para su pecho la cruz laureada de San Fernando, que lució desde entonces, cediendo á la cariñosa imposición de los oficiales generales que tomaron parte en la batalla de Lácár.

Casa-alojamiento de Don Carlos, á cinco kilómetros de Bilbao, durante el sitio de 1874.

(Pág. 232.)

En las comarcas que fueron teatro de nuestras guerras religiosas, cada piedra constituye un recuerdo de gratísima recordación para los que sienten latir su corazón al calor de los ideales de Religión y de Patria.

Dedicado EL ESTANDARTE REAL á historiar, ilustrándolas, las que presencié este siglo, no ceja en su propósito de inquirir con cuidado prolijo, hasta dar con detalles que, ó por ignorados ó por juzgarlos nimios, dejaron de mencionar los historiadores y cronistas que, antes de nosotros, emprendieron tarea análoga.

En la página antes indicada pueden ver nuestros lectores la fiel reproducción de la que fué morada de Don Carlos hace dieciséis años.

Trofeo glorioso.—Regalo de D. José Muntadas al Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

(Pág. 233.)

Acertado anduvo el Sr. Muntadas al hacer tal presente á nuestro Jefe delegado, el Marqués de Cerralbo.

Consiste en una de tantas piedras lanzadas por el populacho contra el ilustre huésped en la memorable jornada del 10 de Mayo.

Hémosle apellidado TROFEO GLORIOSO, pues nos recuerda una batalla empeñada contra el liberalismo, la consecuencia de los llamados liberales en hollar los derechos que á grito pela-

do nos ofrecen, y porque simboliza el cariño con que nos distinguen nuestros adversarios, á pesar de haber nosotros transigido, como algunos suponen, con las modernas teorías.

La que pudiéramos también llamar *peladilla valenciana*, ó más propiamente aún *fruto del árbol liberal*, pesa 1.100 gramos y descansa sobre una base de hierro á manera de plataforma de dos gradas, cuyas aristas están cortadas en bisel.

La superficie que forma la grada superior ostenta margaritas incrustadas en plata y oro, admirablemente trabajadas, así como los arabescos que la adornan.

En la grada inferior ó de base, los biseles son más anchos. En sus cuatro ángulos, é incrustadas en plata, se ven cuatro flores de lis, leyéndose en letras de oro, también trabajo de incrustación, las inscripciones siguientes:

VALENCIA Y ABRIL.—AÑO MDCCCXC.—DIOS, PATRIA Y REY.—PIEDRA RECOGIDA EN LA HABITACIÓN NÚM. 23 DEL HOTEL DE ROMA.—JOSÉ MUNTADAS Y ESPOSA DEDICAN ESTE RECUERDO AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO.

Adornan las aristas de estas dos gradas, y los espacios que no ocupan las inscripciones, delicados adornos en plata y oro, los cuales, como las letras, son primorosísimo trabajo del gusto más exquisito y perfecta ejecución.

Cubre la piedra un ramo de laurel en bronce, que se sujeta á ella por el escudo de la ciudad de Barcelona, obra preciosa ejecutada en plata y oro con el arte más selecto.

Cada una de las hojas de laurel lleva incrustado con letras de oro los nombres de los diversos pueblos y monasterios visitados por el Marqués de Cerralbo durante su viaje inolvidable de propaganda, por el orden siguiente:

Barcelona.—Gracia.—Montblanch.—Tortosa.—Vich.—San Gervasio.—Monistrol.—Villanueva.—Tarragona.—Capellades.—Esplugas.—Olot.—Sitjes.—Manresa.—Igualada.—Monasterio de Poblet.—Monasterio de Montserrat.—Monasterio de Ripoll.—España Industrial (Sans), que es la fábrica de los señores Muntadas.

El general Simón.

EPISODIO DE LA TERCERA GUERRA CIVIL

(Págs. 236-237 238.)

Por más que muy conocido sea el héroe de nuestra leyenda, no dudamos se gozarán nuestros lectores viéndole figurar en uno de los episodios ilustrados de EL ESTANDARTE REAL, que tiene á gran honra el honrar la memoria de los héroes de nuestra causa.

Las viñetas que acompañan el relato son del hábil dibujante Sr. Pellicer Montseny.

LIBROS RECIBIDOS

CURSO ELEMENTAL DE ARMAS PORTÁTILES, por D. J. GÉNOVA Y.—La competencia del autor en las materias que comprende la obra, es garantía suficiente del mérito de la misma.

A partir de las armas portátiles más rudimentarias, tales como el arcabuz, culebrina, serpentín, espingarda, etc., etc., va presentando con prolijidad admirable de detalles las sucesivas, ó sean las de chispa y pistón, hasta las más modernas, no descuidando las de repetición, que es muy posible constituyan, á no tardar, el armamento único de la infantería en Europa.

Ilustran el texto 140 grabados, y en tomo aparte le acompañan 767 figuras cromolitografiadas, lo cual completa en tales términos la obra, que dudamos se haya publicado otra en España, ni fuera de ella, que la aventaje en tecnicismo y detalles.

Su precio es de 20 pesetas, y se halla á la venta en esta Administración.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



EJÉRCITO CARLISTA DE CATALUÑA.—GASTADOR DEL BATALLÓN DE ZUAVOS
(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE PELEGRÍN TALARN).

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

